

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

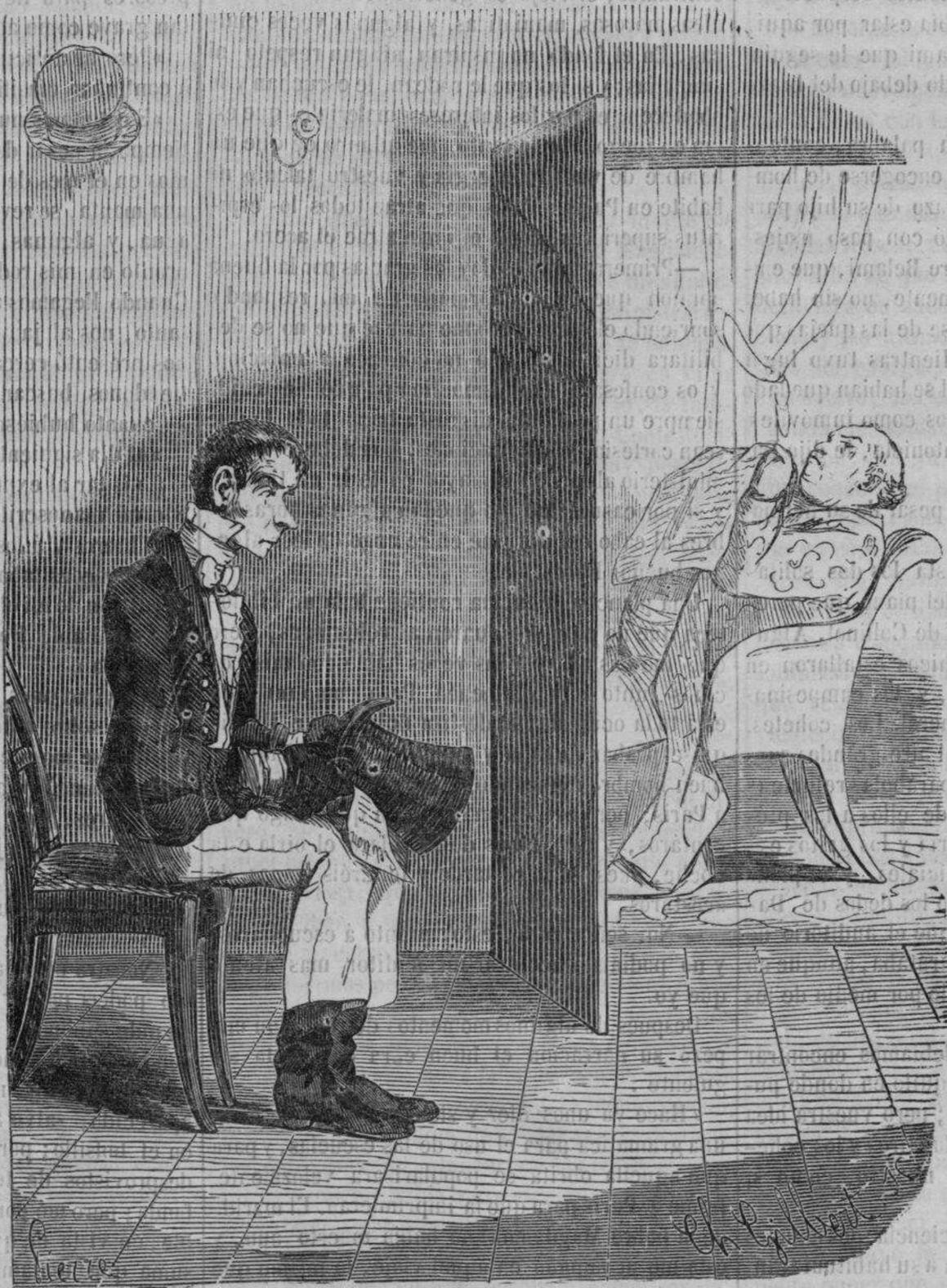
Seis meses.	15 reales.
Un año.	28 " "

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11. En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS, FRANCO DE PORTE.

Seis meses.	21 reales.
Un año.	38 " "

Los Sres. Suscritores, cuyo abono concluye en 30 de Setiembre, se servirán renovar oportunamente su suscripcion, para que no sufran retraso en el recibo del SEMANARIO.



Un diputado y un elector.

¿Qué diablos estará haciendo ese buen señor diputado que no me llama? ¡Tan ocupado estará! Ya pasa de una hora que aguardo; por la vigésima vez he venido á verle, y solo hoy he podido hallarle en casa. Mis vecinos me escriben que no hago nada en Madrid; que el negocio comunal por el cual vine apremia, y que nuestro diputado puede parar el golpe, si se interesa por su distrito. ¡Ya... ya! como le han dado un destino de mucho trabajo.....!

EL SEÑOR PAINEUIT

NOVELA ORIGINAL

DE MR. ASSARDON.

TRADUCIDA

POR D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el n.º 37).

—¡Bautista! Bautista! dijo una voz fuerte, que se reconoció ser la de la molinera, á pesar de la distancia.

—Antonieta, te lo ruego, repuso vivamente el molinero con sorpresa y sujetándola por el brazo.

La hermosa jóven iba á ceder, pero se repuso y le dió un bofetón, diciéndole:

—Paincuit, á pesar de esto te quiero: y en seguida desapareció.

—¿Quieres ponerte el frac, Bautista? dijo la molinera que llegó pocos momentos después.

—Cuando yo decía que debía estar por aquí, añadió volviéndose hácia Belami que le seguía teniendo su paraguas encarnado debajo del brazo como si fuera una escopeta.

Belami no pronunció ni una palabra, contentándose con bajar la cabeza y encogerse de hombros. La molinera tomó el brazo de su hijo para salir del castillo y desapareció con paso majestuoso, gruñendo siempre sobre Belami, que emprendió su marcha tranquilamente, no sin haber encendido su pipa y sin cuidarse de las quejas que le dirigía la señora Crétu. Mientras tuvo lugar aquella escena, el cura y Daniel se habian quedado ocultos en la sombra tan mudos como inmóviles.

—No es tonta la señorita Antonieta, le dijo Daniel al cura.

—Se ha olvidado de serlo, á pesar de su hermosura, replicó el buen hombre.

Una ráfaga de aire llevó hasta los dos solitarios los armoniosos sonidos del piano que parecía despertarse bajo los dedos de Collinet. Algunos cohetes que tiraron los chicos estallaron en aquel momento con estrépito, y los campesinos contestaron con una salva general. Los cohetes, después de haber trazado en el aire grandes surcos de fuego, como si fueran parábolas relucientes, vinieron á caer algunos de ellos á los pies de Daniel y del cura. La alegría y los gritos estallaron como los fuegos artificiales, y el piano resonaba estrepitosamente bajo los dedos de Daniel, que, mortificado al ver que el auditorio no le prestaba toda su atención, trataba, aunque en vano, de dominar aquel barullo por medio de los mas ruidosos acordes.

—Segun vos, señor cura, debíamos encontrar bajo esta encina un asilo tranquilo en donde pudiésemos hablar cómodamente; pero vuestra idea no ha sido muy feliz, porque los tiros y los cohetes resucenan y caen en torno nuestro, como si quisieran sitiarnos.

—Paciencia, amigo mio, paciencia; los cohetes van á acabarse, y todo volverá á su habitual tranquilidad.

La dulce existencia que lleváis y la vida contemplativa de que podeis gozar á vuestro placer, deben tener un encanto seductor para vos.

—¿Luego suponéis, querido Daniel, que vivo como un perezoso? pues os equivocáis; porque empleo toda la actividad que me permiten mi

cuerpo y mi espíritu. Y sin embargo, cada día me siento mas débil, y aunque los achaques aparecen uno á uno, no hago caso de la ociosidad que me tienta algunas veces; en cuanto tengo alguna indisposición, ó algun entorpecimiento en mis cansados miembros; cuando me siento mal dispuesto, tomo vivamente mi bastón y me voy pian pian por los campos, y entonces el corazón me los calienta.

—Los hombres de vuestra fibra que envejecen como vos, son verdaderamente respetables, porque habiendo llegado á la edad en que las pasiones no los deliegan ya en este mundo, dominan la idea en vez de ser dominados por ella; y por consecuencia, no emiten mas que opiniones apoyadas en un conocimiento profundo del corazón humano; siendo justos en sus apreciaciones, y los estimo, por lo tanto, como á preciosos consejeros; pero os lo repito, los hombres que envejecen son raros. En el mundo social en que nos encontramos, el viejo es generalmente un sér de ideas morosas, maniáticas, y algunas veces cínicas. En el fondo no inspiran ningun respeto ni simpatías; y si los que le rodean, le escuchan y le obedecen, es por los intereses materiales que están en juego. Por lo tanto, me admiro de que un hombre de vuestra energía y vuestro talento no habite en París: París que atrae todos los espíritus superiores, como el imán atrae el acero.

—Primeramente os doy las gracias por la buena opinion que habeis formado de mí, respondiéndome sonriendo el cura; pero me parece que no se debilitará diciéndoos que no conozco la ambición, y os confesaré al mismo tiempo que he tenido siempre un profundo disgusto hácia todo lo que sean cortesías y solicitudes. Los deberes de mi ministerio absorben la mayor parte de mi tiempo; y si por casualidad me quedan algunas horas libres al cabo del día, me entretengo en leer algunos buenos libros.

Una plancha de encina contiene toda mi biblioteca que no pasa de cuarenta volúmenes, pero que me bastan; y otras veces hablo con mis vecinos junto á la chimenea. Pero como mi vida está toda ocupada, se desliza dulcemente. Un día quise probar fortuna y me salió mal, añadió el buen hombre meneando la cabeza. Hice un viaje á París; pero esa es una historia que tengo que contáros, y tal vez os desagradará el oirla esta noche, pues se hace tarde y tendréis ganas de acostáros.

—No, señor cura, estoy pronto á escucháros, y no podiais encontrar un auditor mas atento que yo.

Después de algunos momentos de reflexión empezó su narración el buen cura del modo siguiente:

«Hace ya unos diez y siete años que escribí una gramática para el uso de las escuelas, y para que aquella obrita se popularizara velozmente, fuíme á París para que la imprimieran. El marido de la pobre Magdalena no habia muerto aun, y esta me acompañó en aquel viaje, lo mismo que Antonieta que no contaba mas que cuatro años.

«En aquella época fué cuando adquirieron su alquería á un precio muy arreglado; pero tenian que hacer un pago, y como la cosecha fué aquel año lastante mala, temieron que les faltase dinero para conciliar de pagar su débito, lo que hubiera sido su ruina indudablemente; porque el

vendedor se podia aprovechar de aquel retardo para anular la venta de la finca espropiada. En tan crítica posición, y comprendiendo que mas valia hablar con el acreedor, que escribirle, marchó en el rigor del invierno sin titubear un momento, llevándose á su niña para que le diera valor con sus caricias.

«Yo pensé poderla socorrer con mis consejos en sus apuros; y por lo tanto, aprovechando dicha coyuntura, y con el prévio permiso del obispo de mi diócesis, me fui con ellas; pero por una falta imperdonable, omití el incluir en mi solicitud que mi viaje tenia por objeto el publicar un trabajo, que no habia sometido aun á la crítica y al buen criterio de mi superior, estando en poco que dicho olvido no me costara mi curato. Sin embargo, suspendiéronme en mis funciones y la nueva de este acto arzobispal me alcanzó en París cuando menos lo esperaba, y cuando mas engolfado estaba viendo á los libreros y á los impresores para llevar á buen término un asunto tan grave como aquel.

«Pero he anticipado los acontecimientos, y voy á continuar clasificándolos metódicamente.

«Efectuamos nuestro viaje sin ningun contratiempo, á pesar del frío que hacia; pues estábamos en el mes de enero. Antonieta, envuelta en una manta, se revolvió en ella como el pez en el agua, y algunas veces jugaba á egremente tan pronto en mis rodillas como en las de su madre. Cuando llegamos á París, era de noche, y por lo tanto, nos alojamos en la primera fonda que se nos presentó cerca de las mensajerías, prometiéndonos buscar otra vivienda mas económica en cuanto hubiésemos descansado.

«Al día siguiente tomó Magdalena un coche para ir á visitar al expropietario de su alquería; y yo con mi manuscrito bajo el brazo, fuíme á ver á los libreros y á los impresores. Pero supe por estos que necesitaba depositar cierta cantidad para la edicion de mi obra, no alcanzándome el dinero que me habia llevado ni á la mitad de lo que me pedian.

«Volvíme pues á la fonda muy cansado, y contrariado sobre todo por las inesperadas dificultades que se me presentaban, cuando me encontré á Magdalena llorando. Le pregunté la causa de sus pesares, y me dijo que el antiguo propietario de su alquería, lejos de acoger su petición benévola, la habia prevenido de que esperaba con ansia el día que espirara el plazo que le habia acordado para desposeerlos.

«Nuestra comida no fué, pues, muy alegre como podeis pensar; y para colmo de desgracia, cuando subimos á nuestras habitaciones, vimos con espanto que nos habian robado enteramente: nuestros efectos, nuestro dinero, todo habia desaparecido, salvo algunos escudos que teniamos en el bolsillo; por lo tanto, nos encontrábamos desprovistos de todo. Me quejé al dueño de la fonda; pero me contestó que él no era responsable, en vista de que no le habiamos declarado la suma que teniamos al tiempo de entrar en su casa; y habiendo pagado nuestra cuenta, salimos de allí con unos quince francos de capital entre los dos.»

—Hubiérais debido presentaros al comisario de policía del distrito, dijo Daniel; y este hubiera llamado al dueño de la fonda, y tal vez se hubiera encontrado al ladrón.

—Si, pero no podia perder el tiempo inciertamente; por lo tanto, me concreté á escribir para que nos enviasen por el correo el dinero que necesitábamos, encargando que nos lo dirigieran á la posta restante, pues no teníamos aun domicilio.

Anduvimos mucho tiempo á la ventura por las calles de Paris, deteniéndonos de cuando en cuando para leer los rótulos de las fondas que encontrábamos al paso; pero todas eran demasiado espléndidas para nuestro estado pecuniario. Siguiendo, pues, nuestra peregrinacion, llegamos cerca del Jardin de Plantas. Magdalena estaba fatigadísima por haber llevado en sus brazos á Antonieta casi todo el camino, y por consiguiente me decidí á entrar en la primera habitacion amueblada que se nos presentase. Me dirigí á algunas mujeres que se agrupaban alrededor de una fuente, en la calle de *Los Fosos de san Victor*, esperando que les llegase el turno para llenar sus cántaros ó sus cubos. Una de ellas que estaba sentada sobre su cántaro haciendo calceta, se levantó para indicarnos lo que buscábamos; y viendo que no la comprendíamos bien, marchó delante de nosotros conduciéndonos á una calle solitaria que estaba cerca de allí, y en donde se divisaban algunos jardines en la vecindad, que es cosa que me agrada. La casa ante la cual se detuvo, tenia buena apariencia exteriormente; le dimos las gracias, llamamos, y el ama de la casa en persona fué la que vino á abrirnos. Su aspecto tan duro como glacial no me agradó, y cuando le dijimos que nuestra intencion era la de vivir en su casa nos hizo conducir por un criado á los números que le indicó con ceremoniosa politicia; sin embargo, el criado me pareció mas accesible que su ama.

Las habitaciones, aunque situadas en el cuarto piso, eran cómodas y bien amuebladas: le mandamos que nos encendiera la chimenea y que nos diera de almorzar; mas pocos momentos despues de haber recibido dicha orden, volvió á entrar en nuestro cuarto con una canasta llena de leña en una mano y un papel en la otra, y me lo presentó, diciéndome que en aquellos establecimientos no tenían por costumbre el servir de comer. El papel contenia la cuenta del alquiler de los primeros ocho dias que era necesario pagar adelantados. Mientras encendia el fuego con una destreza singular, nos dijo que si queríamos nos haria traer el almuerzo del café contiguo; pero la cuenta que me presentaba, que era de treinta francos, me inquietaba sobremanera, porque recordaba la aparente dureza del ama. Bajé, pues, para suplicarle de que nos concediera algunos dias para pagar aquella nota, motivando dicha demora el robo de que habíamos sido victimas el dia anterior, y apoyé mi peticion en mi calidad de eclesiástico, como tambien en la de Magdalena. Acogió mis razones con desconfianza, echando apenas una mirada sobre nuestros pasaportes que le presenté; y me contestó que las mejores excusas para no pagar no valian lo que el dinero. Y en fin, que si en tres dias no pagábamos nuestra cuenta, no nos daria las llaves de nuestras habitaciones, porque muchas veces habia sido victima de las buenas palabras, y no queria serlo mas.

El plazo no podia ser mas corto, y en vista de aquello senti el haber abandonado nuestra primera fonda, y haberme dejado dominar por la

idea de un gasto menos gravoso; pero lo que estaba hecho, no tenia remedio. Volví á subir la escalera, repasando en mi memoria todos los disgustos que habia tenido en las horas que hacia que estaba en Paris, y que no eran nada en comparacion de los que sufría la pobre Magdalena, pues el terrible pagaré espiraba al dia siguiente, el billete iba á ser protestado, y la espropiacion era irremediable. Cuando entré en nuestra habitacion, encontré á Magdalena que estaba llorando amargamente, y la pobre Antonieta lloraba tambien al ver la afliccion de su madre. Reanimé su valor consolándola lo mejor que pude, y despues de haber almorzado, sali para hablar con su acreedor, dejándola en la casa para que descansara. Desde que entré y puse en su conocimiento mi calidad y el motivo que me llevaba á su casa, ocupó nuevamente el sillón en que estaba recostado cuando entré, señalóme una silla con la mano, y se quedó mirándome con un aire tan hipócrita como socarrón. Dicho señor era un hombre estremadamente grueso, comun y pretencioso; vestia un traje enteramente raído, quevedos de oro y una camisa muy sucia, lo que formaba un contraste singular, y por último, juraba como un carretero, á pesar de la esplendidez que le rodeaba.

Yo me quedé de pié y le dije todo lo que me inspiró el vivo afecto que le tenia á Magdalena; en fin, le hablé con el corazón. Apoyé mi súplica con todas las razones que puede suministrarnos una lógica razonable, y mientras que le hablaba, traté de leer en su pensamiento; pero no vi en su fisonomia mas que la insensibilidad, la indiferencia y un hastio mal contenido. Contestóme que mi peticion era muy grave y muy perjudicial para sus intereses; pero que lo consultaria con la almohada, que era buena consejera, y por lo tanto, que al dia siguiente, á la misma hora, me diria su última determinacion. Esto fué todo lo que pude sacar de él; me fui, pues, con la certeza de que su puerta me seria cerrada al otro dia, y no me equivoqué. Cuando volví á su casa, me contestó el criado en voz breve:

—El señor no recibe.

—Al bajar las escaleras, pensé por primera vez en mi vida que algunas veces es necesario el dinero. Me hubiera alegrado tanto de pagarle á aquel belitre, y sacar de apuros á aquella gente tan laboriosa, que despues de algunos años de trabajo iban á ser espulsados de su hogar, que me fui al correo esperando encontrar el dinero que habíamos pedido; pero tan solo encontré una carta que me venia dirigida, conteniendo la suspension de mis funciones. Lo habia merecido, y por consecuencia, me conformé con la decision de mi obispo, que era sumamente bueno y justo, pero rígido observador de las leyes eclesiásticas. Los deberes de mi ministerio y los trabajos científicos á que me habia entregado durante mi vida, me habian hecho soportar mi pobreza sin pena alguna; por lo tanto, resignéme á soportar la estrema necesidad en que me iba á encontrar durante mi suspension; pero la desgracia de aquellas pobres criaturas, Magdalena, su marido y la pequeña Antonieta, á quien tanto amaba, me despedazaba el alma. Preocupado por dichos pensamientos, caminaba sin direccion alguna para despejarme un poco, pues mi cabeza parecia de plomo, y la noche se aproximaba á pasos agigan-

lados, por lo que apresuré mi marcha y seguí meditando, hasta que se me vino á la cabeza el atrevido proyecto de presentarme en casa de varios antiguos conocidos míos, que eran todos propietarios muy ricos y que habitaban en Paris durante el invierno, á fin de pedirles prestada la suma que le faltaba á Magdalena para efectuar su pago.

Sin detenerme en mas consideraciones, puse dicho proyecto en ejecucion, y desandando el camino que habia andado, llegué por último ante la morada de uno de ellos. Ya tenia levantado el picaporte para dar un vigoroso golpe, cuando me pareció que mi mano y el aldabon se habian congelado en el aire, y me faltó valor para dejarlo caer: tengo mas probabilidades de triunfar en casa de la persona que queria ver antes que esta, dije para mí, y dejé caer el aldabon dulcemente á fin de que no sonara.

—¡Ah, señor cura! os mentais á vos mismo, dijo Daniel sonriendo.

—Esperad la continuacion, hijo mio; no subí ni en casa del uno ni del otro, y emprendí mi marcha nuevamente, diciendo: por hoy nos contentaremos con la intencion y la idea, lo que ciertamente es tener buena voluntad sin duda alguna, y mañana que tendré mas resolucion, pediré lo que nos hace falta; y recité en voz alta algunas frases, cuya forma me parecia á propósito, á fin de que sabiéndolas de memoria, no me detuviera en nada cuando les hiciera mi peticion; y por último, concluí por reprenderme mi falta de energia. Pensando y reflexionando de esta suerte, iba caminando á pasos agigantados, cuando me detuve para reconocer dónde me encontraba: era ya muy tarde; pero una persona que conoció mi perplejidad, me indicó caritativamente mi camino, y aligeré el paso para entrar en casa. Habia atravesado los puentes y los barrios mas bulliciosos é iluminados, y cuando llegué á ese otro lado de la gran ciudad, en donde todo está tranquilo; la luna iluminaba las calles solitarias que atravesaba, y al frio penetrante que reinaba al anoecer, habia sucedido un vientecillo de oeste mas templado, que derretia los hielos y la nieve. Aquel viento que venia de lejas tierras, me traia en sus alas unas emanaciones primaverales estremadamente deliciosas; pero aquellos dulces olores eran tan fugaces como el sueño de un hombre que, interrumpido por breves instantes, abre sus parpados, bosteza, se vuelve en su lecho como si fuera á despertarse, y se queda dormido profundamente pocos momentos despues. En fin, llegué á mi callejuela y traté de distinguir nuestras ventanas, que estaban sumergidas en la mayor oscuridad, lo que me hizo temer que hubiese acontecido alguna desgracia á Magdalena y á su hija; por lo tanto, eché á correr diciendo para mis adentros, si á esta hora no esta en casa, ¿dónde puede estar, Dios mio? Llego, llamo con repetidos golpes, y apenas estuvo la puerta abierta, apercibi á la pobre mujer que, sentada en un rincon del vestibulo sobre una banqueta, tenia á Antonieta en sus brazos envuelta en una pequeña manta. El criado que me habia abierto, dejó en el suelo la vela que tenia en la mano y desapareció. Sentéme, pues, al lado de Magdalena, cuyo semblante atribulado, y lo encarnado de sus ojos, me decian claramente lo que habia sufrido. Sentéme.

repito, al lado suyo, la cogí del brazo y le pregunté en voz baja el por qué se encontraba en aquel sitio.

—Cuando volví á eso de las dos de la tarde con las provisiones para la comida, me contestó también en voz baja; subió el ama detrás de mí y me pidió imperativamente el dinero que teníamos que darle hoy, y habiéndole dicho que no podía pagarle todavía, me mandó salir de su casa antes de una hora con insultante imperio. Yo le contesté que no dentro de una hora, sino que en el momento me iría; y es lo que ejecuté, sin atreverme á recoger mis efectos, y en aquella tribulación hasta me olvidé de nuestra comida que acababa de dejar sobre la mesa. En seguida me bajé y tomé asiento en esta banqueta, diciendo en alta voz que tenía que esperaros, y desde entonces acá han pasado seis horas que me han parecido seis siglos, diciéndome á cada instante el señor cura va á volver, tengamos paciencia hasta entonces. Juan, el mozo que arreglaba nuestras habitaciones, es un hombre excelente, me ha traído un platito de sopa para Antonieta, dándome, no hace mucho, algo para abrigarnos, pues no podíamos pasar como estábamos.

—Esa ama de casa es tan necia como mal intencionada, porque se me figura que no tenemos trazas de ser caballeros de industria, y por muy animal que sea, hubiera debido comprender que nuestro retardo no podía pasar de veinticuatro horas á lo sumo. Vamos, levantáos, Magdalena, tomad mi brazo y marchémonos. Volvamos á nuestra fonda de la calle de Monmartre, que, aunque la distancia es larga, iremos á buen paso, y cuando os canséis, yo llevaré la niña; pero no habíamos llegado aun á la esquina de la callejuela, cuando oí tras de nosotros el ruido de unos pasos precipitados: era Juan, que con voz entrecortada nos dijo volviésemos á la casa en estos términos:

—Ya es muy tarde, señores; el ama ya está acostada y nunca se levanta antes de las nueve de la mañana, y antes de esa hora os será más fácil encontrar donde quedáos que en este momento. Reflexionad que son las once, señor cura, añadió viendo que no me decidía; y que ni podeis andar todo París, ni estais seguro á estas horas en nuestros barrios.

—Entonces le seguí pensando en la pobre Magdalena que tenía la niña en sus brazos, y lo fatigoso que debía ser para ella el ir desde la calle de san Victor hasta la de Monmartre.

—Ya lo veis, no hay ni una luz en toda la casa, nos dijo aquel buen muchacho cuando entramos en el hotel. Pero habiéndose detenido en el primer piso, y viendo que abría una puerta con mucho tiento, le pregunté el por qué no nos llevaba á nuestras habitaciones.

—Es que la señora, me contestó en voz baja, se ha guardado la llave, despues de haber hecho otro tanto con lo poco que habeis dejado y que se queda en prenda hasta que paguéis.

—La habitacion en que penetramos, me pareció que estaba amueblada con coqueteria; un buen fuego ardía en la chimenea, y á la luz de la bujía que nos encendió el oficioso Juan, noté que estaba alfombrada con magnificencia.

—¿Qué significa esto? le pregunté con alguna inquietud, viendo que en medio del salon habia una mesa de dos cubiertos espléndidamente servida.

—Antonietta que se habia despertado entretanto corria de acá para allá, y se deluvo ante la mesa contemplándola atentamente empujándose en la punta de los suecos para ver de cerca las confluencias, los ramos y los frutos que la cubrian.

—Tranquilizáos, señor cura, me dijo Juan; el ayuda de cámara del dueño de esta habitacion acaba de salir hace un momento, y ha venido para prevenirnos que su amo á quien esperábamos esta noche á las ocho, no vendrá hasta mañana: y entre tanto cubrió con un mantel el servicio, retiró la mesa cuidadosamente con gran disgusto de Antonietta, y despues nos acercó al fuego dos magnificas butacas, dándonos en seguida las buenas noches con un aire tan satisfecho, sin duda por su buena accion, que no pude menos que darle las gracias, á pesar de que no soy muy afecto á hacer cumplidos; Magdalena, que habia adivinado aquel pensamiento misto, miró hacia la ventana, cuyos vidrios azolaba la lluvia violentamente.

La comprendí al momento y le dije: el viento está al oeste y el tiempo melido en agua; por lo tanto ya que estamos aqui perfectamente alojados, dispongamos de la habitacion discretamente; pues nos quedan pocas horas, y me recosté en uno de los dos sillones que Juan nos habia acercado al fuego.

—Mamá, tengo hambre, dijo Antonietta en voz baja aproximándose á su madre.

Magdalena me miró primeramente y luego se levantó, y sacando tres ó cuatro patatas de su bolsillo, las puso á asar junto al fuego.

Antonietta se contoneaba fingiendo un aire de disgusto, pero yo que guardaba mi seriedad, riéndome interiormente de aquella escena, me levanté, fuíme hacia la mesa, y levantando el mantel que la cubria, tomé una concha de manteca fresca de una de las bandejas y la coloqué en un plato diciendo: puesto que Antonietta tiene hambre que se coma una patata deliciosa.

—Si, debe tener hambre el angelito, me contestó su madre en voz baja; porque no ha tomado mas que un poco de sopa á eso de las cuatro.

La criatura, que tenía ya alguna inteligencia, replicó á su vez:

—«Si, mamá, Antonietta tiene hambre y le gustan mucho las patatas.»

Se sentó sobre la alfombra, esperando que estuviese pronta su pitanza, y yo le di mi navajilla á Magdalena para que compusiese sobre sus rodillas la cena de la niña que pocos momentos despues la despachaba ávidamente. Pero apenas habia principiado á comer, oímos que una llave daba vueltas en la cerradura, abriéndose la puerta para dar paso á un caballero y á una señora, los cuales se admiraron de ver á unos extranjeros instalados en una habitacion que sin duda les pertenecía. Es verdad que habia oído el ruido sordo de un coche en la calle; pero la lluvia que caía á cántaros y el sueño que se habia apoderado de mí pocos momentos antes parecia que se habian asociado para impedirme el que oyera el ruido que debió producir el carruaje al detenerse en la puerta de la casa. Aquel señor era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, con un semblante comun, los cabellos rojos, y con la mirada insolente de un libertino que quiere darse las apariencias de un hombre distinguido. La mujer era jóven, casi bonita, con ojos grises,

mirada altiva, mas sin embargo inteligente. Su color era trigueño, mas bien baja que alta, pero esbelta, y tenía retratada en su semblante enfermizo la astucia de una matrona de cuarenta años. Su traje consistia en un vestido negro de seda con volantes, un chal amarillo estropeado que cubria sus espaldas, un sombrero adornado con encajes negros, y además una rosa punzon.

De una sola mirada juzgué y aprecié lo que os llevo dicho; por lo tanto, comprenderéis que mi posicion no era muy satisfactoria. Juan se habia escapado de miedo, y la recién llegada recostada en un sillón, se reía á carcajadas, estendiendo sus piés sobre la alfombra con cinico impudor: Magdalena, asombrada y temerosa, habia cogido á Antonietta entre sus brazos, en los cuales la estrechaba convulsivamente, y el señor dijo en alta voz con aire imperioso.

—¿Qué significa esto? qué hace esta gente en mi habitacion á esta hora? ¡Salid, salid! exclamó cada vez en un tono mas alto é imperioso.

—Señor mio, le dije á mi vez mirándole cara á cara, y en voz no menos alta que la suya: estad seguro que no somos ladrones. Un incidente desagradable nos obligaba á dejar á una hora muy avanzada de la noche dos habitaciones que ocupábamos en el cuarto piso. Un honrado chico, Juan, en fin, que es el criado de la casa, y que tiene mas corazon que discernimiento, nos ha obligado á entrar aqui; por lo tanto, sentimos el haber aceptado un favor que no debió hacernos, y vamos á salir de vuestra habitacion inmediatamente.

Magdalena lloraba, y la jóven que acompañaba al caballero, se reía á carcajadas, cuando separándose Antonietta de su madre, y recogiendo el plato de las patatas que se habia quedado en el suelo, se fué para el caballero y le dijo:

—No me he comido mas que una patata, señor, y no soy embustera. Mamá, ¿es verdad que habia tres en el plato?

Magdalena cogió á la niña en sus brazos, y la besaba llorando, mientras la envolvía en la manta. Yo tenía nuestro pequeño paquete y mi baston en la mano, y ya me habia puesto mi sombrero para marcharnos, cuando entró Juan diciendo con aire azorado.

—Por Dios, calláos, que la señora se está levantando, porque sin duda se habrá despertado al ruido, y si se entera, me despacha.

—Con eso tendreis vuestro merecido, belitre, le contestó el señor.

Juan echó á correr sin contestar una palabra, y nosotros le seguimos; pero la puerta estaba cerrada por fuera, y por mas que hice, me fué imposible el abrirla; el asunto, pues, se complicaba por momentos.

—Juan, ¿qué significa ese jaleo? dijo una voz chillona y desagradable que reconocimos ser la de nuestra intratable huésped.

—Juan ha concluido su tarea y se ha ido á acostar, respondió el caballero en voz alta, corriendo hacia la puerta en que nos encontrábamos, y en cuanto á V. le aconsejo que haga lo mismo.

Mientras cambiaron dichas palabras nos habíamos quedado parados y sin despegar los labios: oímos una puerta que se cerró de nuevo, y fué sin duda la de aquella mujer, por que no se oyó ni la menor réplica.

—La farsa es buena, dijo la jóven al caballero,

á quien llamó Vambert, y te aseguro que tengo risa para dias. Con que acostaos, amigo mio, añadió cogiéndolo por el brazo y conduciéndolo á la pieza contigua, diciéndole al mismo tiempo. El criado va á volver dentro de un instante para poner en libertad á esa pobre gente que no desea mas que verse libre.

—Celestina, no está bien lo que hacéis, repuso el caballero con aspereza; y algunos momentos despues oimos que tiraba al suelo sus efectos con violencia y se metia en la cama.

—Al contrario, os juro que está muy bien hecho, mi querido Vambert, le contestó ella entrando en el saloncito.

—Señora, como acabais de decir razonablemente, no esperamos mas que á Juan para retirarnos. Por lo tanto, si nos lo permitís, esperamos algunos momentos mas. Entonces obligué á Magdalena á que se acercase de nuevo á la chimenea.

—Caballero, veo con placer que no sois tan absurdo como ese buen Vambert.

—Celestina, dijo aquel desde su cama, maldita la gracia que tiene lo que acabais de decir.

—Pues yo sostengo, dijo ella, que es muy divertido, y si no suma, y lo verás, amigo mio.

Y mientras hablaba de esta manera, atizaba el fuego, y apenas hubo concluido, se fué hácia la mesa, tomó un plato que estaba lleno de golosinas, y se lo presentó á Antonieta; pero aquella niña, de una inteligencia admirable para su edad, me miró sin atreverse á tocar á nada. Entonces me adelanté, cogí un pastelillo, se lo di, y dando las gracias modestamente, se echó en los brazos de su madre, donde se lo comió en breves momentos, y en seguida tomó un vaso de agua presentándoselo á Magdalena, porque la veía palidecer á cada instante.

—El agua no calienta el estómago, nos dijo la jóven, bebiéndose de un trago el vino que se habia echado en un vaso.

Fuí á la puerta para ver si venia Juan á sacarnos, pero no habia parecido, y comprendiendo la jóven que aquellas maneras libres eran inconvenientes con nosotros, tomó un sillón, y sentándose estudiadamente, me dijo con acento de marquesa de teatro:

—Las cortas palabras que he sabido de vuestro accidente, me han impresionado sobre manera, caballero.

—Señora, le contesté; sentimos la singular aventura que nos ha reunido, y la sentiria mucho mas si supiera que os era tan penosa como á nosotros.

—Sin que sea una curiosidad desmedida, ¿podré saber á quien tengo el honor de dirigir la palabra, caballero? ¿Sois por ventura abogado ó propietario en provincia?

—No señora, ni lo uno ni lo otro; no soy nada de lo que acabais de decir; mi ocupacion es la de enseñar lo mejor que puedo la...

—Ya comprendo, es decir que sois maestro de escuela: ¿me equivoco?

—La miré un momento como si fuera á tomar dicha opinion por una impertinencia; mas luego me levanté, porque, á pesar mio, apenas podia contener mi hilaridad; y como no queria que lo notase, me acerqué á la puerta para ver si Juan habia abierto; pero nada, aquella salida parecia que estaba tapiada.

—¿Con que no quereis tomar alguna cosa que sea mas sustancial que el agua? le decia la jóven á Magdalena en el momento en que volví al salon.

—Oh! no señora, gracias, le contestó Magdalena en voz alta, sin mirarla y meciendo entre tanto á Antonieta para ver si se dormia.

La curiosidad, la impertinencia y la contradicción se pintaban sucesivamente en el semblante de aquella mujer.

—Debe ser un oficio muy penoso el de criar á los niños, le dijo á Magdalena: ¿llevais esa niña á su madre por casualidad?

—No señora, es mi hija.

—¿Diablo! y yo que os tomaba por una nodriza!....

—Es tan buena nodriza como buena madre, le contesté; ¿no os dió de mamar la vuestra?

—No lo creo, caballero. Mi madre era viuda de un general, y en el gran mundo no es costumbre que las madres erien á sus hijos. Varios reveses de fortuna han cambiado nuestra posición; y yo, que habia aprendido la música como una distraccion de mi juventud, me ha servido luego despues para vivir á costa de ella; mas los gustos de esa libertad omnimoda, que son generalmente los compañeros del artista, han secado en mi alma el deseo de la vida casera, y por otro lado no me sentia predispuesta á transformarme en marmita, añadió con acento penetrante, viendo en mi semblante que dudaba de la veracidad de la historia que acababa de contarme.

—Señora, si tomais la espresion de marmita por una vida honrada y una salud perfecta, tal vez tengais razon, le contesté mirando fijamente á Magdalena que estaba entonces en toda su belleza, resaltando en su fisonomia la pureza de su alma, mientras que, á pesar de los polvos que habian blanqueado el semblante de la parisien y el bermellon que cubria sus labios, se distinguia perfectamente un decaimiento precoz, hijo de los excesos y las veladas.

—¿Pero qué sociedad es la que frecuentais, caballero? replicó aquella criatura con un sentimiento de cólera que contenia á duras penas cuando conoció mi pensamiento. Yo, señor mio, divido la mujer en dos clases, prosiguió: en galantes y en honradas. Para los hombres, las unas son un ahorro, y las otras un gasto exorbitante la mayor parte de las veces. Las mujeres casadas, ó las honradas, segun las llaman sin saber por qué, desprecian á las galantes, lo que significa que están celosas de ellas; hé aquí la verdad. Vos no participais de esa opinion, á lo que veo; pero sabed que ultrajan á sus maridos, no todos los dias, sino á cada minuto; y si el anillo nupcial que llevan eternamente, pudiese hablar, os aseguro que se sabrian cosas estúpidas!

—Ignoro en la esfera en que habeis vivido, le contesté mirando á Magdalena, á la que temia ver ofendida por aquellas palabras tan desearadas; pero esta, cansada por las innumerables fatigas que la habian agobiado aquel dia, dormitaba en su sillón, ó bien fingia que estaba durmiendo, teniendo siempre á Antonieta sobre sus rodillas. ¿Con que no estais ligada á nadie en este mundo? le dije en voz baja. ¿Con que no habeis habitado mas que en esas casas en donde se entra con la bolsa en la mano, en los cafés, en los teatros ó en las fondas? En fin, señora, no

habeis amado nunca seguramente, porque el amor verdadero inspira la virtud y la honradez; los corazones mas depravados se trasforman, y por sus bondades se borran sus pasadas faltas, aun para los ojos de las personas mas rigidas.

(Se continuará).

EL NOBLE Y EL MENDIGO.

NOVELA ORIGINAL DE LA

SRA. D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

(Continuacion. — Véase el núm. 37).

Angela los vió hablar, pero se mantuvo á alguna distancia; conocia su humilde posicion y no queria que él se avergonzara de su intimidad.

Fernando cambió algunos cumplidos con Carolina y su padre, á los cuales correspondieron estos con la mayor solicitud.

El jóven la miraba con un sentimiento extraño: su elegante traje le recordaba las damas de la corte, y sus ricos adornos deslumbraban sus ojos fijos en ella, con una obstinacion particular. Carolina sostenia esta mirada sin variar de color y con una graciosa sonrisa.

No sé cómo; pero la conversacion se animó entre los dos, y las flores que Fernando destinaba para Angela, y que aun no le habia entregado, pasaron á manos de Carolina, que las aceptó orgullosa, prendiéndolas á su pecho con una hechicera coqueteria.

Cuando el padre y la hija volvieron á emprender su camino; no sé si por un movimiento de cortesania muy natural, ó por otras razones, Fernando los siguió, tratando de acompañarlos hasta su casa á lo que ninguno de los dos se opuso, pues el señor de Campo Real y la bella Carolina veian en el hijo del marqués un partido ventajoso y brillante.

Los tres personajes de que hablamos, siguieron el camino por donde se hallaba Angela, medio oculta por las ramas. La falda de seda de la elegante señorita rozó con el vestido de percal de la tímida niña, que pudo ver sus rosas colocadas entre los encajes que adornaban aquel riquísimo traje.

Fernando no la vió, ó no quiso entonces mirarla: tal vez se hubiera avergonzado de saludarla ante las personas á quien acompañaba: Carolina no se dignó siquiera mirar á aquella niña que jugaba con los perros y las flores; y en cuanto al anciano, tan embebido iba en su conversacion, que seguramente podian haber pasado á su lado todas las muchachas del pueblo sin que se apercibiese siquiera de ello.

Cuando estuvieron ya lejos, se adelantó Angela y se colocó sobre una gran piedra para verlos desaparecer. Un vago sentimiento de tristeza anegó su alma cuando los perdió de vista, sin poder explicarse, si lo que la mortificaba, era ver alejarse á Fernando dejándola olvidada, ó si era la pérdida de sus flores, que otra llevaba en el pecho. Dos lágrimas, puras como dos gotas de rocío, rodaron por sus mejillas, mas frescas y mas bellas aun que las rosas por que lloraba. La inocente niña no se cuidó de enjuagarlas con la punta de su pequeño delantal, y así hubiera permanecido mas tiempo inmóvil y sola, si una mano

temblorosa no se apoyase en su brazo, y una voz tarda y débil no la hubiera dirigido estas palabras:

—¿Por qué lloras, niña?

—¡Ah! tío Pedro, dijo ella con toda la efusión de su candor, conociendo al recién llegado: lloro porque se va el señorito con esa joven tan bella

—¿Y eso te entristece?

—¿A mí? no..... por qué? me he equivocado... lloro no sé por qué.....

El tío Pedro, que amaba á Angela con una ternura inexplicable, que velaba siempre por ella desde el día en que, acercándolos la casualidad pudo apreciar las dotes de aquella tierna y purísima alma, cogió entre sus callosas y morenadas manos la blanca y delicada frente de Angela, y mirándola con ternura:

—Yo no quiero que llores, hija mía, la dijo. ¿Acaso envidias los ricos vestidos de esa joven? ¿Acaso quisieras los brillantes alfileres que sujetan su peinado? si es así; acuérdate de lo que tú misma me dijiste un día; piensa que así la Virgen te ama mas en tu pobreza, y piensa tambien que, no conformándote con ella, afliges á tu madre que te ve desde el cielo.

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz del tío Pedro tembló, y de sus turbios ojos brotó una lágrima mal contenida

—Se engaña V., dijo la niña; yo no envidio sus galas. En cuanto á que Fernando se vaya con ella, ha hecho bien.... mejor es que acompañe á una joven rica y cubierta de raso, que á una muchacha oscura y mal vestida. No, no crea V. que yo me ofendo; porque si alguna vez me habla el señorito, eso sí, me alegro mucho, soy muy feliz á su lado; pero conozco que á él debe avergonzarse mi amistad.

Habia tal acento de verdad en las palabras de Angela, que el buen viejo se conmovió, y mirándola, exclamó enternecido:

—Y ¿quién se ha de avergonzar de ti, ángel de Dios, mas rica en virtud y perfecciones que las mas encumbradas damas? pero ve, hija. vuelve á tu casa que Juana debe estar inquieta con tu ausencia.

—Tío Pedro, ¿qué bueno es V.! si, me voy. ¡Ah! se me olvidaba; no diga V. á mi madre que he llorado; porque lo sentiría mucho, y no quiero causarla un pesar. A Dios.

La niña se alejó lentamente del anciano. Cuando este la vió marchar, exclamó dando un suspiro.

—¡Tan hermosa como su madre! tan buena cual ella! pobre Magdalena! ¡oh! es preciso que yo cuide de su desgraciada hija.

El anciano emprendió el camino del pueblo con los ojos arrasados en llanto.

CAPITULO III.

Angela estaba sentada á la puerta de su casa cuando volvió Fernando de acompañar al señor de Campo Real y su bella hija. Estos le habian ofrecido su casa, é instado repetidas veces para que volviese á verlos. El joven les dió su palabra de hacerlo así; pero apenas se separó de ellos, sintió que aquella amistad tan afectada y violenta le disgustaba, y producía en su corazón una especie de remordimiento.

En efecto, ya por una exigencia de sociedad

debía volver á aquella casa, y esta precision que se habia impuesto, le molestaba; pues para su carácter tan independiente, toda obligacion era pesada.

Cuando divisó las paredes de su casa, pensó en Angela, en aquella criatura tan humilde y tan dulce; pensó que la habia dejado sola, y dado á otra las flores que la ofreciera, y juzgó encontrarla enfadada, aunque tenia confianza en disipar su enojo.

El disgusto de su amiga, sin saber por qué, le causaba pena, como tambien, sin poder darse cuenta de ello, sentía en el alma escuchar la mas ligera reconvencion de sus labios.

El, que habia tenido en poco la opinion de su mismo padre, evitaba que Angela advirtiese cualquier movimiento de su cólera ó su impaciencia.

Cuando el joven divisó á Angela, corrió hácia ella, y ya acudían á sus labios las palabras que le habian servido de disculpa, cuando la sonrisa alegre y cariñosa con que esta le acogió, vino á probarle que eran inútiles sus excusas. Entonces Fernando se le acercó, y ella le dijo con una voz dulcísima.

—Cuánto ha tardado V., ya estaba con cuidado; pues como es casi de noche, temia que le sucediese alguna cosa.

—¿Y qué podia pasarme?

—No sé; pero en el campo y tan tarde, esto siempre da miedo.

—A tí que eres una niña; pero en cuanto á mí que soy un hombre.....

Estas palabras las pronunció con toda la gravedad que pudo dar á su acento, y como para hacer olvidar que solo tenia diez y seis años.

—De todos modos, suba V. aprisa; el señor marqués estará impaciente, y no debe V. tenerlo por mas tiempo en esa ansiedad.

—¿Y qué me importa, si tú no estás enfadada conmigo?

—¿Yo, por qué?

—Porque te dejé sola en el campo.

—¿Qué mal hay en eso? ¿quién me habia de hacer daño á mí, que no ofendo á nadie, á mí, en quien nadie repara? Además, V. habrá estado mejor con esos señores, habrá podido hablar de mil cosas que yo no entiendo, mientras que á mi lado debe fastidiarse; pues por mucha que sea la amistad con que me honra, ¿qué puede decir una pobre muchacha de catorce años, ignorante, criada en los campos, á un joven como V., educado en la corte, que de todo habla, que lo sabe todo?

Al escuchar Fernando estas palabras tan sinceramente pronunciadas; al recordar la afectacion y vaciedad de Carolina, la comparó con esta niña, á quien Dios habia dotado de una imaginacion naturalmente despejada, y que en tan poco se tenia; y un remordimiento acudió á su corazón, que acaso no le hubieran producido las mas severas reconvenciones.

—¿Y las rosas que eran tuyas y que le di, tampoco te has enfadado por eso?

—¿Las rosas? otro dia me buscará V. otras, ¿no es verdad? Pero yo le entretengo con mi pesada charla y el señor marqués aun no sabe su vuelta. Vamos, suba V., suba V., que su buen padre estara inquieto; y no es justo que perdamos el tiempo en niñerías, mientras él se desvela

por V. Ser buen hijo, es primero que todo, si no lo fuera V., no seria yo su amiga.

Acompañó estas palabras de una mirada tan suplicante, que Fernando, dominado á su pesar por ella, no encontró nada que replicar, y subió lentamente la escalera que conducía á la habitacion de su padre. Angela se retiró al lado de Juana, que ya la esperaba con afán.

La buena mujer veía la intimidación de los dos jóvenes sin inquietarse por ello: la edad de Angela era tan tierna, que la ponía á cubierto de toda murmuración, y en la mente de la pobre aldeana jamás pudo fijarse la idea de que el hijo de sus amos, tan orgulloso y noble, pudiera amar alguna vez á una muchacha sin bienes ni nombre.

Con todo, cuando por las noches se quedaba sola con su hija, le preguntaba de qué habia hablado aquel dia con el señorito, á lo que Angela contestaba con la mayor candidez, refiriéndole palabra por palabra toda su conversacion.

Al escucharla Juana, quedaba tranquila, y aun á veces se preguntaba á sí misma, cómo era posible que Angela hubiese aprendido aquellas máximas de virtud que ella no comprendía, ó á lo menos no podia explicar tan bien. Es que ignoraba que Dios, al formar las criaturas, puede dotarlas de una inteligencia superior, que no necesita estudios ni mentores para desarrollarse, sobre todo, cuando la acompañan una sencilla virtud, y una immaculada inocencia.

El marqués, por su parte, observaba con la penetrante vista de un padre, la singular inclinación de su hijo con aquella niña; pero tambien habia notado la mudanza efectuada en el alma de Fernando bajo la influencia de aquel dulce afecto. Así, pues, lejos de oponerse á él, dejaba á los jóvenes en la mas completa libertad, y aun á veces miraba á Angela con mas atención que antes, y admirando la pureza virginal de su rostro, exclamaba:

—¡Lástima que no sea hija de un noble!

De esta suerte todo contribuía á estrechar mas los lazos que ligaban aquellas dos almas, tan dignas una de la otra.

Obligado por un compromiso de sociedad, el hijo del marqués fué repetidas veces á visitar al señor de Campo Real, y siempre una exagerada cortesía y una adulación estremada presidía su acogida.

La joven Carolina, ansiosa de atraerse su afecto, empleaba con él toda clase de atenciones y deferencias.

Fernando solia pasar algunas mañanas entre esta familia, la mas rica de la cercanía, y aun llegó á tomar parte en las diversiones que le ofrecían, olvidando dias enteros á su dulce amiga.

Carolina ya se lisonjeaba de poscer el amor del joven, y se volvía exigente y celosa: cada dia que pasaba sin que Fernando acudiese á su lado, hallaba este una violenta reconvención ó una marcada ironía en sus palabras. Entonces el hijo del marqués recordaba á su pobre Angela, tan indulgente, tan tierna siempre, y juraba no separarse de su lado y preferir á todos su tranquilo afecto.

Pero, á pesar de sus buenos propósitos, siempre un nuevo compromiso, una invitación nueva, le ligaba para el dia siguiente.

Carolina montaba á caballo admirablemente, y

queriendo lucir á los ojos de Fernando un elegante traje que acababa de recibir, invitó á este para dar un largo paseo en el siguiente día: aceptó él, y á la mañana siguiente se hallaba sobre su predilecto caballo inglés á las puertas del señor de Campo Real.

Pocos momentos despues, apareció la bella jóven, que con su vestido de merino azul, cerrado con lazos de terciopelo negro y su airoso sombrero, adornado de un blanco velo, embellecía su elegante talle y su graciosa y animada fisonomía.

Agil y risueña, saltó sobre su caballo, y dando un latigazo al noble animal, que, aguijado con el castigo, partió al escape, haciendo saltar brillantes chispas con sus fuertes herraduras, dejó atrás á Fernando, que tambien salió al galope con el señor de Campo Real. Un sobrino de este, llegado de la corte aquel mismo día, les acompañaba tambien.

La direccion que tomaron, guiaba á un camino cerca del palacio del marqués, y cuando pasaron inmediato á él, Fernando vió una rubia y linda cabeza asomada á una de las ventanas bajas.

Era Angela, que sin duda calculaba la hora en que debian pasar, y le saludaba con una sonrisa, aunque sin su natural alegría.

Carolina, en aquella mañana, estuvo encantadora, dividiendo sus miradas y sus atenciones entre los dos jóvenes que la acompañaban.

Su primo era tambien muy rico, y la bella señorita se hallaba aquel día indecisa sobre cuál debía preferir, decidiéndose en su interior por el que se esplicase primero.

Volvían á las pocas horas, cuando un suceso inesperado terminó de un modo desagradable aquel día, empezado tan alegremente.

El caballo de Fernando espantado al volver un recodo, y cogiendo desprevenido á su confiado jinete, le tiró al suelo con una violencia fatal.

El jóven, aturdido con el golpe, solo pudo escuchar un penetrante grito que partía de un grupo de árboles, y ver á la bella Carolina que, riéndose de su torpeza espoleaba su corcel, y siguió alegremente á su primo que en aquel momento acababa de decirle:—Te amo.

Nada mas supo, pues perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se hallaba en su casa rodeado de su padre y sus criados que le observaban con afán.

Al abrir sus ojos, su mirada se fijó en Angela que, pálida y alterada, se hallaba allí, al pié de su cama; pues sin acordarse de su timidez ni de su posicion, le habia seguido hasta su alcoba, donde entró quizá por la primer vez de su vida.

¿Cómo te sientes, Fernando? le preguntó el marqués, que le observaba con ansiedad.

El pecho y la cabeza me duele bastante, padre mio, ¿pero cómo es que me hallo aquí?

—Esta niña nos avisó, y te hallamos junto á un mendigo, tendido en tierra y falto de sentido: cuando llegó Julian, á él te encargó el señor de Campo Real, que se detuvo un momento y se alejó para seguir á su hija que ya se hallaba á alguna distancia.

—¿Con que tu me viste caer? dijo el enfermo dirigiéndose á Angela; aquel grito....

—Se escapó de mis labios, al ver su poli-

gro de V.; el tio Pedro lo oyó sin duda por casualidad, pues vino junto á mi, y ambos pudimos socorrer á V. y dar aviso de su caída.

—Con que tú estabas....

—Aguardando verle á V. pasar, murmuró la niña.

Fernando la dirigió una mirada, y comprendiendo todo el valor de aquel alma de ángel, dijo á su oído.

—De hoy en adelante no tendrás quien te dispute mi cariño.

Aquella noche una fiebre intensa abrasaba la frente del hijo del noble señor.

Angela veló á su cabecera, y con una asiduidad y un esmero superior á su edad, cuidó á su amigo durante los largos días de su penosa enfermedad, sin que nadie se opusiera á ello.

Desde aquella época la amistad de los dos niños se hizo mayor aun. Fernando comprendió el afecto desinteresado y la abnegacion de Angela, y la simpatía del niño se convirtió en el primer amor del hombre: conoció tambien la superficialidad de las deferencias de Carolina y la despreció, no volviendo á visitarla jamás.

A los hermosos días del verano sucedieron las tristes y frias heladas del invierno; y Fernando nunca volvió á quejarse de su permanencia en el pueblo, ni á solicitar el permiso de su padre para volver al gran mundo.

Sus conversaciones con Angela se hacían de día en día menos frivolas y francas; pero esta tímida reserva les daban mayor encanto.

Así pasaron dos años.

Pero ¡ay! Angela al salir de la infancia para entrar en la pubertad, perdió su alegría; en vano Juana se esforzaba en animarla al ver que su salud decaía visiblemente: el mal estaba en su corazón.

Angela habia llegado á ser una necesidad para Fernando.

Fernando habia llegado á ser la vida para Angela.

CAPITULO IV.

Al declinar la tarde de un templado día de otoño apacible y hermoso, una jóven sola y con rapido paso cruzaba el camino que conducía al pueblo, en direccion opuesta á este.

Un anciano de cabellos blancos y rostro venerable la esperaba á alguna distancia de la aldea: en breve se unieron, y juntos echaron por una apartada vereda que conducía á una capilla pequeña, pero alegre y aseada, consagrada á la Virgen á quien aquellas gentes profesaban una singular devocion. Angela, pues era ella, habia cambiado mucho; sus mejillas tan rosadas y tan frescas, estaban palidas y hundidas; sus bellos ojos tan animados y alegres en otro tiempo, casi tenían perdido su brillo, y los círculos morados que de continuo los rodeaban, eran una prueba exacta de largos insomnios y de abundantes lágrimas.

Ya no era aquella niña feliz y confiada; era una jóven triste y resignada, pero siempre pura, siempre hermosa.

Cuando llegó con su compañero á la puerta de la capilla, interrogó á este con una mirada, y él le contestó dirigiéndose á un tosco asiento de piedra colocado á ambos lados de la puerta, resguardado de los rayos del sol por un dosel de frondosa vid, y medio cubierto á las miradas in-

discretas por las verdes ramas y las flores silvestres que lo cercaban.

El tio Pedro, pues no era otro el que acompañaba á Angela, se detuvo en aquel sitio cómodo y apartado, y ella le imitó sentándose á su lado dócilmente.

Ambos temían romper aquel silencio, y no sabían cómo empezar una conversacion que debia serles violenta.

Al fin, el tio Pedro cogió la mano de la jóven, y con un acento cariñoso le dijo estas palabras:

—He querido hablarte, hija mia, pues ya sabes que te amo como un padre ama al fruto de sus amores: aunque ningun lazo de parentesco me liga á ti, hace algun tiempo sigo tus pasos con vigilante mirada, y penetrando en tu alma, en esa alma dotada de tantas perfecciones y virtudes, con esta incansable solicitud, he adivinado los progresos de un mal que, aunque incierto y lejano en un principio, ha tomado en poco tiempo un carácter y fuerza tal, que puede influir en la paz y la felicidad de tu vida entera.

Hoy has cumplido diez y seis años: ya no eres una niña cuyos afectos son pasajeros caprichos, cuyos pesares son ligeras nubes de verano; ya eres una jóven en quien un amor puede ser eterno, á quien un dolor puede matar.

Angela hizo un movimiento para hablar.

—No; no me interrumpas, se apresuró á decir el anciano; te conozco muy bien, eres una mujer toda corazón, toda espíritu, como tu pobre madre.

Estas palabras que involuntariamente se escaparon de la boca del anciano, produjeron en ambos un efecto bien diferente: él quedó turbado y conmovido; parecia que aquella leve imprudencia le habia contrariado notablemente.

María, por el contrario, parecia animada de la mas viva alegría, la espresion de su rostro revelaba una esperanza divina, y con el acento de la mas elocuente súplica, preguntó:

—¿Con que conocia V. á mi madre? por fin encuentro una persona que pueda hablarme de ella.

—¡Oh, no! se apresuró á decir el anciano, te equivocas, Angela, ó por mejor decir, me equivoco yo: en el interés que me inspiras, confundo mis ideas.

Era tal la violencia con que pronunció estas palabras, que la niña se confundió en distintos pensamientos, y no encontró nada que contestar al buen Pedro.

—Vamos, hija mia, prosiguió este tratando de reanudar su primera conversacion para alejar el pensamiento de la jóven de un punto que le era visiblemente enojoso: vamos, ya sabes que te amo, ¿me ofreces contestar á mis preguntas con la sinceridad de una buena hija?

—Si, contestó ella agitada aun por la dulce esperanza de saber algo más de su madre.

—Angela, dijo Pedro fijando una mirada intensa y penetrante en el rostro de la jóven, ¿amas mucho al hijo del marqués?

El semblante de la niña, pálido como las hojas de una azucena, se tornó instantáneamente encendido como una rosa de Bengala: el anciano habia tocado la cuerda mas oculta y sensible de su corazón, y el estremecimiento que la produjo no se ocultó á su escrutadora mirada.

—Acuérdate que has ofrecido ser sincera.

—Pues bien; si, le amo mas que á mi vida; he reconcentrado en él el cariño de los padres que me faltan, el de los hermanos que no tengo, el de los amigos que han despreciado mi amistad: he vivido sola; ni una palabra de cariño, ni una mirada de interés ha venido á alegrar mi niñez triste y solitaria; nadie se cuidaba de mí, cuando él, olvidando su rango, su título, quiso ser el amigo de la niña desgraciada: á las primeras palabras de afecto que llegaron á mis oídos, experimenté un sentimiento dulce y nuevo para mí: despues, al ver un corazon que no se alejaba del mio con desden, una sed de ternura abrasó mi alma, y una voz vibrante y poderosa me gritaba: *mas, siempre mas*, con un anhelo infinito. Sé que este amor será mi desgracia, porque él lo ignorará siempre: me habia jurado á mi misma no revelar á nadie esta pasion que me domina; pero V., que siempre me ha amado; V. que dice mirarme con el interés que inspira una hija, guardará en el fondo de su corazon mi secreto, y no hablará á nadie de este amor que es un culto, una religion para mí: ¡oh! me escarnecerían, me despreciarían si supieran que una criatura tan humilde y oscura como yo se habia atrevido amar al hijo de su señor!

Al terminar estas palabras, la jóven inclinó su frente triste y ruborosa.

El tio Pedro la contempló largo rato en silencio: tambien una lucha terrible de pensamientos contrarios le agitaban sin duda, segun revelaban las distintas espresiones que tomaba su fisonomia. Al cabo de algunos instantes de penosa meditacion, pareció tomar una resolucion enérgica y firme.

—Dios lo quiere, murmuró; es preciso hacer feliz á esta niña; despues, dirigiéndose á Angela, continuó: Si hubiese alguno que á costa de un gran sacrificio, de su deshonra y de su vida talvez, consiguiese darte una posicion brillante, mas brillante que la de Fernando; si te colocara á su lado haciéndote dueña de su nombre y de su mano, y todo esto sin que le cedieras en nacimiento, sin que tuvieras que avergonzarte jamás en su presencia, dime Angela, ¿serias feliz? podrias maldecir ó aborrecer algun dia al que te diese todo esto, por muy culpable y despreciado que le vieses?

—No comprendo á V.; ¿á qué hacerme semejante pregunta? Ni esto está al alcance humano, ni mi corazon es ingrato.

—Y dime, ¿crees que Fernando te ama?

La jóven vaciló, y despues de un momento de pausa, contestó:

—No sé si es amor lo que siente por mí; pero sí sé que ejerzo una influencia superior en su alma; sé que me busca de continuo, y que á mi voz, sus ideas, su carácter, se han trocado, identificándose con el mio.

—Si, debe amarte: ¿quién puede ver ese rostro de virgen, esa dulce mirada y esa frente cándida, sin sentir una irresistible simpatia y un cariño infinito? Debe amarte porque eres buena y bella como los ángeles, y es preciso que seas feliz. Angela, dentro de tres dias te espero en este sitio, y acaso escuches de mi boca palabras de consuelo; entre tanto, hija mia, no pierdas la esperanza.

—¿Pero qué piensa V. hacer?

—Tu felicidad; esta noche veré al marqués.

—¡Al marqués! Dios mio! va V. á revelarle... ¡Oh! no, no! me arrojaria de su casa como á la última de sus criadas, y escarneceria mi amor.

—Tranquilízate, hija mia, mi dulce hija; sé lo que debo á tu confianza, y tu secreto no será profanado.

El anciano calló y miró á Angela con una espresion indefinible; parecia que aun tenia que decirle algo, y que vacilaba. Al fin cogió una mano de la niña, y la dijo trayéndola hácia sí.

—Angela, voy á hacer por tí un gran sacrificio, sacrificio costoso y triste; pero al menos quiero pedirte una gracia. Yo he vivido siempre solo; hace mucho tiempo que una palabra de amor no ha llegado á mis oídos, y este aislamiento y soledad me desgarran el alma. Tengo envidia al padre que puede acariciar á sus hijos; tengo envidia al que muere en el seno de su familia: déjame que una vez sola te estreche sobre mi corazon; déjame que una vez bese tu frente, y ofrézme que, cuando muera, pedirás al cielo por mí.

La jóven se precipitó en los brazos temblorosos del tio Pedro; ¡tambien ella necesitaba amor! El la estrechó en ellos con una ternura infinita; dos ardientes lagrimas rodaron por sus rugosas mejillas y fueron á perderse en los dorados bucles de la niña.

—Angela, hija de mi corazon, bendita seas, gritó el anciano cubriendo de besos aquellos sedosos cabellos.

Despues la separó suavemente y contemplándola con adoracion.

—Adios, la dijo, hasta dentro de tres dias.

Y ambos volvieron á emprender el camino de la aldea, llevando la una todo un mundo de esperanza en el alma; meditando el otro los medios que debia emplear para cumplir su promesa.

(Se continuará.)

HISTORIA DE LA GUERRA

DE LA

INDEPENDENCIA ITALIANA.

(Continuacion.—Véase el n.º 37).

En nuestro número anterior anunciamos, bajo la fé de un despacho telegrafico de Zurich, la noticia de la conclusion de las negociaciones para la redaccion definitiva del tratado de paz entre las potencias hace poco beligerantes. Pero en vano hemos esperado ver confirmada la noticia oficialmente, ni hemos tenido mas pormenores sobre la naturaleza de las decisiones tomadas por los plenipotenciarios. En suma, parece que los trabajos de las conferencias están mucho menos adelantados de lo que se suponía.

Es probable que las dificultades relativas á la anexion de la Lombardia al Piamonte se hayan arreglado con la adhesion de los representantes de estas tres potencias; pero, como mas de una vez lo hemos dicho, esta cuestion es enteramente secundaria ante la de los Ducados italianos.

Una correspondencia del Norte de Bruselas dice que los plenipotenciarios de Francia y de Cerdeña se habian comunicado sus ideas sobre la cuestion de los Ducados en una conversacion particular.

Parece que Mr. de Bourqueney abordó la cuestion pronunciándose en favor de la restauracion de los principes, y opinó que el gobierno piamontés debia emplear su influencia moral en inducir

á las poblaciones de los Ducados á llamar libremente á sus antiguos soberanos; espresó la esperanza de que el rey Victor Manuel no querría complicar la situacion actual aceptando la anexion de Toscana y Módena, y mas adelante la de Parma y las Legaciones si le fuere ofrecida.

Por último, parece que Mr. de Bourqueney produjo en términos muy mesurados las diferentes consideraciones que el conde de Reiset tenia en cargo de hacer valer en Toscana y en toda Italia central.

Dícese que el plenipotenciario sardo, contestando á las observaciones de Mr. de Bourqueney, hizo presente que su gobierno no podia en ningun caso abandonar la causa italiana; que tampoco podia contrariar los deseos de las poblaciones, manifestados con tanta calma, moderacion y unanimidad, y añadió que, por lo que á él tocaba personalmente, no podria, sin faltar á sus deberes, poner su firma al pié de un protocolo que tuviese por objeto sancionar la restauracion de los principes que han peleado contra la bandera italiana.

Por último, terminó declarando que la Cerdeña no tomara parte alguna en la discusion, si el Austria y la Francia se empeñaban en llevarla á ese terreno.

Por lo demás, la opinion mas acreditada en Zurich y fuera de allí, es que la cuestion de los Ducados no podrá resolverse sino por un congreso europeo.

El gobierno sardo decidirá muy pronto sobre el voto de la Asamblea que pide la anexion, porque la diputacion encargada de ir á someterlo al rey Victor Manuel, salió de Florencia el 28. El rey no rehusará probablemente esta anexion, y aceptada por él, cambiaria singularmente la faz de las cosas. Una vez erigida la anexion en hecho consumado, las potencias se hallarian en la delicada alternativa de restaurar por medio de las armas á los principes desposeidos, ó renunciar á llevar á cabo los proyectos acordados en Villafranca. Es probable que Francia tome este último partido, y esta probabilidad es casi una certeza desde la publicacion de un artículo en el *Constitutionnel*, muy reservado hasta ahora sobre esta cuestion, en el que despues de recordar que el gobierno del emperador, con objeto de permanecer fiel á las promesas de Villafranca, ha hecho oír en los Ducados palabras de reconciliacion; que no ha renunciado toda esperanza de éxito, y que llevará hasta el fin su mision completamente desinteresada, se pronuncia contra toda idea de intervencion armada, y sostiene que ese derecho de intervencion fué desgarrado en Solferino, y perjudicaria al honor y á la dignidad de la Francia hacer lo que ha condenado en otro.

El *Constitutionnel* termina con estas palabras: «A título de amigos, cuya adhesion no deben haber olvidado, nos creemos autorizados mas que otros á hacer oír á esos pueblos consejos que tenemos por cuerdos y prudentes. Si no los siguen, podremos lamentarnos de ello; pero no podríamos ir hasta imponérselos por la fuerza.»

«En una palabra; la Italia nos debe su independencia y no la quitaremos mañana lo que la dimos ayer.»

Dicho periódico desvanece formalmente la hipótesis de una restauracion impuesta por el Austria, declarando que ha cesado para siempre la intervencion armada de esta potencia en los asuntos de la peninsula.

Estas afirmaciones tan claras, que tan gran influencia dan á las conocidas relaciones de este periódico, solo nos pueden dar una importancia, relativa á las diversas combinaciones presentadas al público. Un solo incidente debe ser consignado, y es la opinion espresada oficialmente en un documento firmado por el conde Poniatowski.

Este diplomático enviado de mision á la Italia central, á fin de inducir á las poblaciones á que llamen á sus soberanos, parece que ha espuesto sus dudas, sobre la sinceridad de las elecciones de donde ha salido la asamblea nacional de Toscana. Ha propuesto anular el escrutinio y todos los actos procedentes de éste, además de convo-



EL GALLO.—Clasificación de las especies más notables de gallos y gallinas.

N.º 1. Gallo y gallina de combate.—N.º 2. Gallo y gallina de la casta *Dorking*.—N.º 3. Gallo y gallina, casta *Houdan*.—N.º 4. Gallo y gallina *Brahma-Poutra*.—N.º 5. Individuos de la especie *Bantam*.

car de nuevo al pueblo en sus comicios, tomando esta vez por base absoluta del voto el sufragio universal.

A pesar de las esperanzas formuladas por el conde Poniatowski, y suponiendo que se lleve a cabo esta nueva prueba del sufragio universal, no creemos en el triunfo de los partidarios de la Casa de Lorena. En esta circunstancia, es probable que se contase con los habitantes del campo, a quienes se considera como amigos de la monarquía; pero es de esperar que la prueba por que acaban de pasar, haya modificado sus ideas, si estas ideas eran antinacionales.

El gobierno toscano ha dirigido una circular á todas las autoridades eclesiásticas, civiles, políticas y militares de aquel estado, señalando las bases del derecho público de la Toscana, establecidas por la Asamblea. Juntamente con esa circular, el ministro de Negocios extranjeros, señor Salvagnoli, ha dirigido otras á los arzobispos y obispos de Toscana y á los prefectos. La enviada á los obispos dice así:

«Ilmo. Rmo. Sr.: Recibiréis con la presente la circular que el gobierno de Toscana dirige á todos los jefes del orden civil y religioso. El gobierno está seguro de que el episcopado la hará conocer á sus subordinados, y les inculcará públicamente el deber de obedecer á la autoridad suprema del estado y á los decretos solemnemente de la Asamblea de los representantes.

«El episcopado confirmará en esta ocasión la verdad de que los eclesiásticos católicos son súbditos de este estado y no de otro, y están regidos por las leyes y la justicia que rigen á los demás ciudadanos, recordando explícitamente que todo acto de infracción de cualquier eclesiástico le someterá á la acción de esas leyes y de la citada justicia.

«El venerable episcopado no se limitará á eso, sino que demostrará también que todo lo que haga un eclesiástico aislado en contra del estado y de la nación italiana, sería, no solo contrario á su deber, sino que perjudicaría á la religión y al sacerdocio entero, dando ocasión de confundir el

error de hombre con la verdad de la ley, y de hacer pesar sobre el clero en cuerpo la falta aislada de un sacerdote.

«Si semejante confusión debe evitarse en todo tiempo, con mucho más motivo debe ser evitada hoy que las pasiones pueden inflamarse tan fácilmente. El que las atizara, aun cuando no fuese más que por una simple imprudencia, no podría quejarse de haber atraído sobre sí las más serias consecuencias, y sería censurado como el verdadero autor de la perturbación pública.

«Recibid, etc.—Florenca 23 de agosto de 1859.—*Salvagnoli*.»

La circular dirigida á los prefectos está concebida en estos términos:

«Señor prefecto: Después de las solemnes resoluciones de la Asamblea de los representantes, el gobierno ha creído deber señalar en una circular especial las bases del derecho público del estado, establecidas sólidamente por esas resoluciones, y deducir de ellas las reglas que deben presidir á la conducta, tanto del gobierno, como de los subordinados. Aun cuando el gobierno abrigue la confianza de que nadie se atreva á hacer frente al derecho y á la voluntad nacional; sin embargo, no debe descuidarse medida alguna preventiva de todo lo que pudiera ser atentatorio contra el orden público. En su consecuencia, me apresuro á preveniros:

«1.º Que vealeis incesantemente porque los eclesiásticos católicos y los ministros de las demás religiones obedezcan completamente á la autoridad suprema del Estado.

«2.º Que aviseis inmediatamente al ministro de los atentados que pudieran inferirse al derecho eclesiástico toscano y á las leyes relativas á las comuniones no católicas y á los israelitas.

«3.º Que procureis que todo el clero regular católico dependa del provincial toscano del orden respectivo.

«4.º Que dispongais inmediatamente que toda sociedad ó agregación religiosa que no estuviese aprobada por el gobierno toscano, presente, en el término de ocho días su reglamento ó sus es-

tatutos al ministerio, previniendo que la sociedad ó agregación que no se conformase á esa orden, será disuelta como asociación ilícita al espirar el plazo mencionado.

«Recibid, etc.—En el ministerio de Negocios eclesiásticos.—Florenca 23 de agosto de 1859.—*Salvagnoli*.»

El gobierno provisional de Módena había instituido una comisión encargada de buscar en los archivos de los Ducados las actas de los soberanos Francisco IV y Francisco V, que más en armonía estén con el espíritu y tendencias que predominaban en el gobierno de estos príncipes. Esta comisión acaba de entregar al juicio de Europa gran número de reglamentos, órdenes, instrucciones, cartas de toda naturaleza emanadas de los dos duques, así como una larga y lamentable lista de sentencias pronunciadas en los dos reinados por los tribunales ordinarios y extraordinarios en materias políticas.

Dícese que las potencias que han permanecido extrañas al conflicto, saldrán muy pronto de su posición expectante, y tomarán una parte activa en el arreglo de los asuntos de la Italia central.

El Consejo se celebró últimamente con toda urgencia en casa de lord Palmerston, y hasta se ha dicho que el gobierno inglés ha formado la resolución de reconocer pura y simplemente la soberanía del rey Victor Manuel en los tres Ducados y Legaciones. Entiéndase que nosotros no afirmamos que se haya tomado una decisión tan grave.

El Norte parece convencido de que el rey Victor Manuel no responderá con una negativa formal á las ofertas que se le han hecho por las Asambleas italianas, y que aceptará la anexión subordinando su resolución definitiva á la resolución de un Congreso.

Esta cuestión que tan prematuramente había sido desechada, vuelve ahora con mucha probabilidad á resolverse por la afirmativa. Las disposiciones de Inglaterra son conocidas. El lenguaje de los periódicos rusos permite suponer que Rusia está en iguales disposiciones en favor del Con-

greso. Francia no se opone á ello tampoco. Verdad es que Prusia no se ha decidido aun; pero así como Austria, se verá arrastrada por la mayoría.

Nuevos incidentes amenazan además complicar la situación de la Italia central, por ejemplo, la reunión de las tropas pontificales en Rimini, prontas á marchar en número de 7,000 hombres sobre la Rumania, á fin de restablecer la autoridad del Papa, y un movimiento hácia el Pó por las tropas colocadas á las órdenes de Garibaldi, con objeto de oponerse á una tentativa del duque de Módena.

En Nápoles ha habido desórdenes bastante graves con motivo de la salida de los suizos.

El 7.º regimiento y la artillería gritaban: « ¡Abajo Austria! Viva Italia! »

Por todo lo que precede se ve que la situación de la Italia central debe ser, y es, en efecto, objeto de la atención pública. ¿Cómo se resolverán estas dificultades? Nadie puede saberlo; en cuanto á nosotros, deseamos vivamente que la actitud tranquila, fuerte y digna de las poblaciones de Toscana, Parma y Módena no se desmienta, y que tantos esfuerzos se vean coronados al fin de mejor éxito posible.

EL MARISCAL RENDON.

El mariscal Rendon nació en Grenoble en 1793, y tiene, por consiguiente, 63 años de edad. Entró en el ejército muy joven, y en 1813 era ya capitán. Tomó una parte activa en la batalla de Moscow, y fué herido dos veces en la de Lutzen. Consecutivamente llegó hasta jefe de escuadrón y coronel de cazadores, en cuyo empleo dejó la Francia para Argelia, y su nombre se hizo honroso en todos los encuentros importantes con los árabes, y en los cuales la escelencia de su táctica y su fría bravura le ganaron la aprobación de la familia de Orleans. Bajo la república de 1848, dirigió los negocios de la Argelia con habilidad; pero en junio de aquel año fué llamado á Francia y tomó el mando de la 3.ª división militar, cuyo cuartel general estaba en Metz. En 1851, durante un corto período, fué ministro de la Guerra; pero se retiró á los diez meses, é inmediatamente despues del golpe de Estado fué nombrado gobernador general de la Argelia, cuyo puesto desempeñó convenientemente hasta la época reciente de la reorganización de esta colonia. Ascendió á mariscal de Francia en 1856, y es además senador y gran oficial de la Legion de Honor.

Por decreto del día 7 de mayo de este año, inserto en el *Monitor*, fué nombrado ministro de la Guerra en lugar del mariscal Vaillant, á quien por otro decreto de la misma fecha se le nombró mayor general del ejército de Italia.

ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE ITALIA.

En medio del entusiasmo con que fué recibido en París el ejército de Italia, llamó mucho la atención una casa del boulevard de los Italianos, en la que no solo estaban cerradas todas las ventanas y balcones, sino también las celosías, mientras duró el desfile. En dicha casa vive una señora veneciana, que ha protestado á su modo contra el abandono de Venecia.

M. Edmundo Texier, que ha sido nombrado hace poco caballero de la Legion de Honor, encontró su nombramiento y la cruz de diamantes debajo de su servilleta en casa del príncipe Napoleón, donde fué invitado á comer; la princesa Clotilde llevó su amabilidad hasta el punto de colocar la cruz en la botonadura del cronista del *Siècle*.

En el ejército austriaco hay un regimiento que goza de un privilegio muy raro. Cuando pasa por Viena, su coronel tiene derecho á subir á palacio hasta la cámara imperial, sin que nadie se

lo estorbe. Llama tres veces y pide órdenes de S. M. El emperador le invita á permanecer tres días en su mismo palacio en una habitación próxima á la imperial, á cuya puerta se coloca la bandera, y se atiende y regala al huésped como al soberano. Proviene esta costumbre de un suceso del año 1683. Leopoldo I fué sorprendido por 16 barones, que le presentaron una carta ó un documento para que lo firmase; y estaban seguros de conseguirlo á la fuerza, porque no había tropas en Viena. Pero hé aquí, que sin saber cómo, un coronel que tuvo noticia del caso, se presenta de súbito y llama tres veces á la puerta pidiendo órdenes de S. M. para el regimiento; se espidieron en el acto las de decapitar á los 16 barones, y al cuerpo se concedió en memoria y gratitud el privilegio referido.

En uno de los vivaques de zuavos situados en el campo de san Mauro, para su entrada triunfal en París, se presentó la víspera del fausto día un señor párroco de los alrededores de París, M. X... el cual había seguido en sus primeros años la carrera militar, y servido como zuavo en Africa en 1842, señalándose por su valor y arrojo. Así que dejó el servicio, abrazó la carrera eclesiástica; pero al empezar la pasada guerra de Oriente, solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á su antiguo regimiento como capellan, en la campaña de Crimea. Llamábanle el zuavo cura.

Apenas se ha presentado en el campo cuando al momento ha sido reconocido y recibido con afectuosas demostraciones de respetuosa amistad.

—Venid á ver nuestra bandera, señor cura, exclamó entusiasmado un antiguo sargento, la bendeciréis, y de ese modo la daréis suerte.

El venerable eclesiástico fué conducido, en efecto, á donde estaba la insignia guerrera, que solo existe en girones gloriosos, y arrodillándose dirigió al cielo una corta plegaria, abrazando ea seguida aquel memorable trofeo, y regándolo de abundantes lágrimas con la mayor ternura.

Todos los zuavos estaban de pie y silenciosos con el mayor recogimiento.

—Recuerdo que á muchos de vosotros he visto en Crimea, dijo el cura; pero no veo á ninguno de los veteranos que pelearon conmigo en Africa.

—Todos han muerto en Italia en el campo del honor, le contestaron. El último que quedaba pereció en la batalla de Solferino.

—Entonces, hijo mío, añadió el sacerdote, pidamos al cielo por su eterno descanso.

Y clavando en tierra la bandera, los valientes soldados se prosternaron en torno de ella rogando á Dios por sus compañeros de armas que han perecido tan gloriosamente.

Hace algunos días veíase por las calles de París, un anciano condecorado con la medalla de santa Elena, vestido con el uniforme que usaba la infantería del primer imperio: traje azul, vueltas blancas, cuello encarnado, esto es, tricolor como la bandera, y como la escarapela. Este traje estaba ya como el anciano que le llevaba, muy usado. El paño estaba raído y los colores deslucidos. El día que se verificó el desfile del ejército de Italia, este anciano, cuyas manos y cuyo rostro estaban tan atezados como los de los soldados franceses, se apoyaba en uno de los mástiles venecianos, levantados en el ángulo de la calle de la Paz. Tenía en la mano un bastón de viaje y pendía á su costado un pequeño saco de lienzo sujeto por un cordón que le cruzaba los hombros.

Este es el viejo Monetto, exclamaban los soldados, así que le veían; y los que colocados á la derecha de los pelotones pasaban cerca de él, le daban la mano. Nacido en Villafranca el anciano Monetto, cuenta ochenta años de edad: hizo en otro tiempo las gloriosas campañas del imperio, y la vista de la bandera francesa, apareciendo de nuevo sobre la tierra de Italia, le ha entusiasmado hasta el punto de seguirla por todas partes. Despues de haberla contemplado en Magenta y

Solferino, el valiente anciano ha querido también presenciar su entrada triunfal en París.

M. GARCÍA GONZALEZ.

SECCION RELIGIOSA.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

(Su festividad el día 24 de setiembre).

LOS CABALLEROS DE LA MERCED.

I.

LA VUELTA DEL CRUZADO.

Iba cayendo la noche: hallábanse sumergidos los valles en los vapores del crepúsculo; un caballero, que había costeado largo tiempo las orillas del Mediterráneo, penetró, por último, en una profunda garganta que serpenteaba entre dos largas laderas cubiertas de pinos. Caballo y caballero parecían haber hecho una larga jornada; su exterior era pobre, fatigado; empero, á despecho de su usada capa, de su casco sin lustre, de su peto oxidado por la lluvia, parecía el joven radiante de contento y felicidad; apresuraba, lleno de alegre impaciencia, el paso de su cabalgadura; miraba con complacencia el camino cuyas menores sinuosidades parecía que le eran conocidas; hablábase á sí mismo en una especie de embriaguez del corazón, con que hacía asomar la sonrisa á sus labios y el llanto á sus ojos. Llegaba á un recodo del camino; se detuvo delante de una pequeña imagen de la santísima Virgen, colocada en un nicho medio arruinado, y juntando sus manos, exclamó en alta voz:

—Virgen santa de la Misericordia, héme aquí vuelto á mi patria sano y salvo: cumpliré mi voto que os he hecho antes de marchar á la guerra santa. Levantaré en este sitio una capilla y un hospicio para los peregrinos; vendré yo mismo aquí, todos los años, á visitar á vuestra santa Imagen, y aquel día serviré, con gran devoción, á treinta y tres pobres, en honor de los treinta y tres años que vuestro divino Hijo pasó con vos en la tierra.

Con razon daba gracias Berenger de Elvar al Señor, cuya poderosa mano le había sacado libre de peligros sin cuento. Había, fiel vasallo, acompañado al santo rey Luis á la Cruzada: herido en Mansourah, se había visto reducido á una dura esclavitud en la casa de un emir egipcio, y solo había recobrado su libertad cuando el rey de Francia dió un millón de besantes de oro por su gente y Damietta por el rescate de su propio cuerpo, y se volvía, por último, de Ultramar á la tierra de Provenza, á la casa paterna, que tanto había echado de menos. Volvía, es verdad, pobre de bienes..... empero le aguardaba la abundancia del hogar doméstico; hallábase agobiado de fatiga, ¿pero cuántos tiernos cuidados no le reservaban su madre y su hermana? Representábase su alegría anticipadamente, y se regocijaba en la suya; pensaba en los viejos criados que le habían conocido niño, y no se olvidaba ni aun de su pobre perro, tan fiel, y que tal vez presentía de lejos la llegada de su amo.

—Vamos, decía á su caballo, un poco de ánimo, algunos pasos todavía y habrémos llegado. Para ti una buena cuadra, un buen pesobre y los

cuidados de los escuderos. Arrea, mi buen caballo.

Tomó el fiel animal el trote, y pronto el joven viajero vió dibujarse en la sombra la masa negra y alta del castillo de Elvar. Estremeciéndose su corazón á aquel aspecto; pero notó con sorpresa que no había ninguna luz en las estrechas ventanas, y no se oía el menor ruido sobre las murallas. Se tranquilizó.

—Están en la sala del Norte, se dijo; mi padre juega al ajedrez con el capellán, y mi madre y hermana estarán hilando con sus ruecas, y los criados trabajarán aparte..... Voy á encontrarlos.

Tomando el cuerno, pendiente de su cintura, sonó la marcha que anunciaba en otro tiempo su vuelta de la caza..... Nadie respondía..... conmovido de impaciencia, se adelantó..... Hallábase bajado el puente levadizo, á pesar de lo avanzado de la hora..... Berenger lo pasó. Bajo la negra bóveda que coronaba la alta puerta, no encontró ni criados ni escuderos..... llamó..... solo el eco de las murallas repitió sus gritos. Dirigióse hacia el patio, y no halló mas que un triste silencio, una profunda oscuridad, una soledad absoluta.

—¡Gran Dios! se dijo, ¿que habrá sucedido?

En aquel momento rasgó la luna el velo de las nubes en que se hallaba envuelta, y vertió torrentes de luz sobre el castillo de Elvar. Miró en torno suyo Berenger con un secreto é indecible terror, y le pareció que la vida se helaba en sus venas á la vista del cuadro de desolación que se presentó entonces á sus ojos. El castillo no era mas que una ruina; los techos se hallaban hechos pedazos; las ventanas abrian sus bocas, despojadas de las vidrieras y cortinas; restos de toda clase se veían amontonados en el suelo del patio; muebles esculpidos, armas preciosas, alhajas hechas pedazos, pergaminos con largos sellos esparcidos sobre las losas; el incendio y el saqueo parecían no haber respetado sino los fuertes muros, que presentaban, sin embargo, las señales del fuego. A aquella vista, saltó de su caballo Berenger, y casi loco de terror, pasó por una de las ventanas, cuyas vidrieras habían hecho pedazos, sin duda, manos enemigas, y se encontró en la sala de armas, donde en otro tiempo jugaba con su padre y sus antiguos servidores.

—¡Padre mio! exclamó en voz alta, ¡padre mio! ¿dónde estais? ¡Madre mia, hermana mia, Alix!..... respondedme.

—¿Quién llama?..... Hola, amigo, respondió, dijo una voz que salía de un rincón de aquella vasta y oscura sala.

Precipitose Berenger hacia el punto donde se había dejado oír la voz, estendió las manos y encontró el brazo de un hombre cubierto con un grosero sayo de piel de cabra.

—¿Quién sois? dijo el joven, y arrastró al desconocido hasta la ventana iluminada por la luna: miradme.

—¿Sois vos? seguramente que sois vos, monseñor, exclamó el desconocido arrojándose á los pies de Berenger: ¿todavía vivis? no me reconocéis? Soy yo, Santiago Leronge, el cabrero que jugaba en otro tiempo con vos.

—Te reconozco, si, mi pobre Santiago; pero habla, ¿qué ha sucedido aquí? mi padre, mi

madre, mi hermana, ¿dónde están? dimelo, por Dios.

Retiróse el cabrero, y con la espresion de un profundo horror, dijo estrechando el brazo de Berenger:

—Vuestro padre, vuestra madre, la señorita Alix, todos han muerto asesinados por Juan de Melfort, el antiguo enemigo de vuestra casa. Allá abajo están enterrados, en la capilla.

Flaquearon las piernas de Berenger; tuvo que apoyarse contra la pared, clavando sus ojos estraviados sobre Santiago. Este continuó:

—Se os creía muerto..... no temiendo Melfort vuestra vuelta, se dejó caer aquí..... los vasallos, los escuderos han sido asesinados; el señor murió de enfiendo á su hija; la señorita Alix fué herida de una flecha, y vuestra digna madre cayó muerta de dolor..... Los miserables han saqueado el castillo y dejado los muertos sin sepultura..... pero los religiosos benedictinos los han enterrado á todos en tierra santa. Habíanme dejado por muerto en un rincón del patio... allí... Sin embargo, he curado de mis heridas, y he continuado con mi pobre rebaño, habitando la casa donde había sido alimentado..... yo no creía en vuestra muerte: os aguardaba..... quería decirlo.....

—¿El qué?

—¿Que Juan de Melfort tiene un castillo, una mujer y una hija, y que es preciso vengáros!

II.

PEDRO NOLASCO.

El alba del día siguiente se había levantado bella y espléndida; un hombre vestido de una tunicela blanca y un escapulario, sobre el que brillaba una cruz en campo de oro, se adelantaba sobre el camino de Elvar; caminaba con paso firme, contemplando con placer los poblados árboles, las colinas entapizadas de tomillo y espliego, los arroyuelos que por entre ellos corrían fluidos y parleros sobre un lecho de rocas, y repetía de vez en cuando y á media voz, algunos versos del Salmista, celebrando con el piadoso rey del arpa inmortal al Autor de todas las cosas. Llegado bajo las almenas del castillo, cuyos moradores habían sido asesinados, se dijo para sí:

—Entremos en la capilla y oremos un instante sobre estos abandonados sepulcros.

Atravesó el puente levadizo, que ya no guardaban hombres armados, entró en el patio, y pareció asombrado al ver á un caballero que, reclinado contra las murallas, miraba con sombría atención las ruinas de que se hallaba rodeado. Dirigióse á él el religioso, movido por un sentimiento de viva caridad, y le dijo:

—Querido hijo, ¿qué haceis solo en este desierto lugar? Los amos de este castillo no existen..... me parecis pálido, fatigado..... ¿Estaréis malo acaso? hablad. Si teneis hambre, tengo pan é higos en mi alforja..... si padeis, soy algo médico.....

Mientras que el religioso hablaba así con tierna insistencia, Berenger había lentamente levantado la cabeza, echándole una mirada fria y tranquila, mas terrible aun que los gritos de la desesperación.

—Soy Berenger de Elvar, le dijo por último.....

—¿Y qué? mi querido hijo, exclamó el religioso, ¿todavía vivis? ¡ay! la voluntad del Señor os ha reservado terribles pruebas! sin duda no son superiores á vuestro valor y á vuestra fé. ¿Pero por qué halláros aquí? teneis parientes, amigos, que se alegrarán mucho de recogeros... Creedme, hijo mio; abandonad estos funestos lugares, donde todo despierta vuestro justo dolor.

—No me alejaré de este castillo, respondió Berenger con voz concentrada.

El religioso, aunque joven todavía, tenía ya una larga esperiencia de los abismos que encierra el corazón del hombre. Adivinaba la ardiente resolución oculta bajo una frente tranquila, la agitación velada bajo una sonrisa, la pasión escondida en un continente tranquilo, el volcan que se esconde bajo un velo de nubes. Así, cogiendo por la mano al joven, y clavando en él sus negros y rasgados ojos, le dijo:

—No, no quereis abandonar estas ruinas porque alimentan, no vuestro dolor, sino vuestra venganza, y menos pensais en vuestro padre que en Juan de Melfort.

—¿Y aun cuando pensase en devolverle el mal que me ha hecho, no seria justo?

—La venganza me toca á mi, y yo la haré: *Mihi vindictam et ego retribuam*, dice el Señor. No, hijo mio, no es justo usurpar los derechos que el mismo Dios se ha reservado, y arrancar al culpable por una muerte prematura y violenta el tiempo del arrepentimiento, que la eterna bondad tal vez le reserva. Yo os lo digo de parte de aquel que será vuestro juez: la venganza no os pertenece, y os lo digo tambien de parte de aquel que es vuestro Salvador: solo en la paciencia encontraréis el descanso de vuestra alma. Cuando hayais destruido el hogar de vuestro enemigo, ¿se habrá reedificado acaso el vuestro? Cuando hayais hundido el acero en el seno de su mujer y de su hija, ¿resucitarán vuestra madre y vuestra hermana del seno de los muertos? Cuando hayais cargado vuestra conciencia con el peso que oprime la suya, ¿seréis mas feliz?

—Padre, interrumpió Berenger, sois un hombre de paz, y no podeis comprenderme.

—Hijo mio, antes de ser religioso, era hombre de guerra como vos; antes de vestir el hábito he llevado la coraza y cinturón de los caballeros, y he conocido toda la embriaguez de los pensamientos humanos. Yo os hablo como hombre que puede juzgar de la gloria humana, y os aseguro que, si existe á vuestros ojos ciegos una cierta grandeza en una venganza inexorable, hay otra mucho mas noble en la gracia del perdón que triunfa, no de un enemigo abatido á vuestros pies, sino de la altiva pasión de vuestro corazón.

—Padre mio, no podeis comprenderme; retiráos.....

—Hijo mio, hermano mio, no os abandonaré: porque la hora de la desesperación no es la que da buenas resoluciones; Dios me ha enviado aquí: bendita sea su divina Providencia que nada hace en vano.

—Pero vos, exclamó bruscamente Berenger, vos, que quereis que perdone como un cobarde, ¿sabeis el mal que me ha hecho ese hombre? ¿sabeis que despues de dos años de la mas penosa cautividad, yo volvia lleno de esperanza y de alegría, ávido de amor, trayendo en mi alma una ternura sin límites para mis ancianos padres

y mi joven hermana, y que, gracias á Melfort, nada he encontrado aquí: en lugar del hogar doméstico mio, las piedras y tres sepulcros? ¿Cómo ha vengado él sobre pobres vasallos, sobre un anciano, sobre mujeres, las ofensas de sus antepasados? ¿Y no he de tener yo derecho á devolver luto por luto, dolor por dolor?..... Sabéis que durante esta noche que acabo de pasar en esta casa desolada, no lejos de los ataúdes de mi familia, oía voces queridas, voces conocidas, que me gritaban: ¿hiere para vengarnos? Obedeceré.

—No, hijo mio, vuestro dolor os estravía; yo he conocido á los que llorais; vuestro padre era un hombre justo, vuestra madre una noble y piadosa señora, vuestra hermana un ángel de inocencia; y los tres, al entrar en el reposo de los santos, solicitan el perdón de su asesino; reunen sobre su cabaza, no la ardiente corona de la venganza, sino los inefables tesoros de la caridad. ¡Oh! no, almas bienaventuradas; no es la venganza la que demandais al Señor, no queréis otra sino el ver perdonado á vuestro enemigo, y sentado á vuestro lado durante toda la eternidad; pero vuestro hijo, vuestro hermano, todavía sujeto á los vínculos de la carne, no puede comprenderos.....

—Vuestras palabras me hacen mal, dijo Berenger; y, sin embargo, vuestra voz es la voz de un amigo.

—No lo dudeis, hermano mio; vuestro dolor, del que yo he sido el primer confidente, nos une para siempre. En nombre de esa amistad que me habeis inspirado, concededme un favor. Nuestro monasterio no está lejos de aquí; dignaos aceptar en él la hospitalidad; nuestra casa será vuestra casa: allí encontraréis paz y hermanos, y cualquiera que sean vuestros proyectos, se madurarán en el silencio de la reflexion. Abandonad estos desolados sitios, y venid á la morada que el Señor os abre.

—¿Quién sois? cuál es vuestro nombre?

—Yo soy, dijo el religioso, un caballero de Nuestra Señora de la Merced, y me llamo Pedro Nolasco.

III.

LA HIJA DEL CAUTIVO.

Diez años habian pasado. La órden de la Merced poseía una encomienda á las puertas de Montpellier, puerto avanzado de la caridad, de donde se veía salir todos los días aquella valerosa milicia que defendía las playas de la Europa contra la irrupcion de los sarracenos, ó mas heróica todavía, iba á arrancar sus víctimas hasta el fondo de las mazmorras, ó mas allá de las arenas del desierto. Hacia esta santa morada, cuyas blancas paredes se dejaban ver desde lejos, se dirigia á la hora del medio día una joven, acompañada de una adolescente y seguida de un anciano servidor. Pasaron el puente levadizo, y se detuvieron bajo la torre, en cuya cumbre ondeaba la bandera de la órden: allí hablaron á un centinela que les indicó el camino del claustro. Detuvieronse las jóvenes intimidadas á la entrada de aquel vasto recinto, donde descansaban ya, en un pacífico y glorioso sueño, algunos de los frailes compañeros de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort.

Sus modestos sepulcros se levantaban en medio de un vasto patio: alrededor, bajo las bóvedas del claustro se pacaban silenciosos algunos caballeros y algunos sacerdotes, vestidos los primeros de una túnica y un manto de color blanco, y los segundos, con la túnica corta, sobre la que se veían las armas del rey de Aragon, testimonio de afecto de aquel príncipe por la órden redentora. Nada turbaba la calma y el recogimiento de aquel lugar, sino el acompasado paso sobre las losas y el roce de las largas capas de sayal. Por último, habiendo un sacerdote visto á la joven y su compañero, se aproximó á ellos. Era un hombre joven todavía, pero cuya frente arrugada y cabellos canos, con su mirada melancólica, parecia revelar antiguos é inolvidables padecimientos, grandes fatigas y dolorosos combates. Con una voz llena de dulzura, dijo:

—¿Qué quereis, señorita?

—¡Ay señor! respondió ella; somos pobres jóvenes, casi huérfanos, aunque nuestro padre y nuestra madre vivan; porque el uno está cautivo en los sarracenos, y la otra moribunda en su lecho de inquietud y de dolor.

—¿Vuestro padre está cautivo?

—Si señor; habia ido á Barcelona para recoger una herencia procedente de un pariente de nuestra madre, y volvia contento á Provenza, cuando la galera en que venia fué tomada por los berberiscos. En vano se defendió; aquellos crueles le han llevado esclavo, y creemos que se halla en este momento en Tánger. ¡Mi noble padre esclavo!..... ¡Vendido á vil precio!.....

El llanto interrumpió á la joven, y su hermano lloraba al verla llorar.

—Tranquilizaos, señorita, dijo el religioso; se os devolverá vuestro padre.

—¡Ay, noble señor! nada nos costará emplearlo todo para su rescate; mi madre me ha entregado sus joyas, sus collares, sus sortijas; empeñarémos nuestras tierras y sus rentas. Si os dignais el ir en socorro de mi padre, pondremos en vuestras manos una suma mas que suficiente para rescatarle: tenemos vasallos fieles, amigos experimentados, y entre ellos no hay ninguno que no quiera contribuir á la libertad del señor de Melfort.

—¿Melfort? exclamó el religioso; ¿Melfort? vuestro padre se llama?

—Juan de Melfort, señor; si sois provenzal, conoceréis ese ilustre nombre.

—Le conozco, dijo el religioso en voz baja; le conozco y demasiado, mil veces demasiado.

Se apartó. Sus ojos chispeaban de cólera..... los dirigió por último hacia el crucifijo que se levantaba en medio del claustro.

—Y qué, murmuró, ¡gran Dios! la pasión reina todavía sobre esta alma que ha domado vuestra gracia! ¡La voz de esa niña despierta en mí el odio y la venganza que creía sofocados! ¡Padre mio! madre mia! hermana mia! ¿qué me quereis? sombras santas, ¿qué exigis de mí?

Calló, las miradas clavadas sobre el divino crucifijo, y despues de un largo silencio, volviéndose hacia los jóvenes, les dijo con una inefable dulzura:

—Iré en busca de vuestro padre, y si Dios quiere, os le devolveré. Orad por mí, por que soy un pecador. Algunas horas despues un

religioso, en traje de camino, recibia de rodillas la bendicion de Pedro Nolasco, general entonces de la órden, y le decia al abrazarle:

—Id, hijo mio, y no economiceis ni vuestra sangre ni vuestra vida por servir al prógimo; id, servidor de Cristo, y sed semejante á vuestro maestro. Acordaos que vuestros votos os obligan á permanecer entre cadenas á fin de libertar á un cristiano..... Adios, Fray Berenger.

IV.

LA LIBERTAD.

El vigia colocado en la cumbre de la torre de la bahía de San Victor, en Marsella, acababa de hacer la señal de que habia á la vista muchos navios dispuestos á entrar en el puerto. Apresuróse el pueblo á acudir á la llamada, y trataba de reconocer en el velamen y la marcha á los buques, que un viento fresco impelia rápidamente.

En medio de aquella multitud bulliciosa, impaciente, se hallaba apartado, en silencio, un pequeño grupo. Era una mujer que llevaba el vestido negro y el peinado de las viudas, una joven tímidamente apoyada sobre su madre, y un niño, de doce á trece años, que jugaba con distraida mano con un lebrél. Un anciano criado se hallaba en pié detrás de ellos, y seguia atentamente con la vista las velas blancas de los buques, que se aproximaban cada vez mas, mecidos sobre las olas que alzaba la brisa matinal. Veíanse dibujadas sobre el cielo las diferentes formas de tres navios, que iban siendo cada vez mas distintas, y bien pronto se vieron los colores de las banderas enarboladas en la proa.

Un piloto de ojo experimentado exclamó al fin en alta voz:

—¡Bendita sea Nuestra Señora de la Guardia! Reconozco la primera embarcacion; es la nave *Félix*; viene de Palermo, y nos traerá noticias del duque de Anjou, marido de Beatriz de Provenza.

—Y la segunda, interrumpió otro, es la carabela de Santa Maria; esa viene de Esmirna con cargamentos de frutas y esencias.

En efecto, los dos navios anunciados no tardaron en entrar en la rada en medio de las aclamaciones de los curiosos. El tercero, mas pesado, quedaba detrás, y luchaba contra el viento, que le era menos favorable. La viuda y sus hijos le miraban siempre con ansiedad, aunque sin distinguirlo bien. La buena señora habia dicho:

—Es inútil el aguardar, hijos míos. Dios quiere probarnos todavía.

—¡Madre mia! exclamó de pronto el mas joven; ¡mirad! Yo veo claro el estandarte de la religion de la Merced, que ondea á bordo de aquel navio.

(Se continuará).

SECCION CIENTÍFICA.

HISTORIA NATURAL.

EL GALLO.

El gallo (*Phasianus Gallus*, de Lineo) se considera originario de Asia, y sus especies hallanse

CRÓNICA ESTRANJERA.

La Gaceta de Londres contiene últimamente un real decreto, nombrando una comision cuyos individuos designa, para que se ocupe de mejorar y completar las fortificaciones y otros medios de defensa de Inglaterra. Vemos, pues, que los temores de una nueva guerra adquieren cada día mas y mas consistencia, y se traducen en hechos de día en día mas significativos, en la Gran Bretaña.

El virey de Egipto, temeroso sin duda de que, con motivo de la cuestion del istmo de Suez, su país llegue á ser teatro de algun grave rompimiento entre Francia é Inglaterra, aumenta considerablemente su ejército.

Por lo que respecta á las conferencias de Zurich, dirémos con relacion á noticias de Berna, que reina la mayor actividad en los trabajos de los diplomáticos allí reunidos, si bien sus debates y resoluciones están rodeados de un impenetrable misterio.

Dícese que el nuevo ministerio austriaco se propone mejorar la condicion de la prensa; creemos, no obstante, que esta noticia necesita confirmacion, pues no se explica fácilmente la gran mudanza que se supone haberse verificado de la noche á la mañana, en la política austriaca.

Después de tanto como se ha hablado de lo que habian adelantado los plenipotenciarios de Zurich, últimamente se aseguraba en París que ninguna de las cuestiones sometidas á la Conferencia está arreglada de una manera definitiva.

Toda la prensa liberal italiana, siguiendo el ejemplo de las asambleas de Toscana y Módena, se ha pronunciado abiertamente en favor de la anexion de los Ducados al Piamonte.

La Prensa, periódico que pasa por afecto, y aun por órgano de lord Palmerston, dice que la Inglaterra no se opondrá á la anexion de los Ducados al Piamonte. Por su parte, el Morning-Post, órgano tambien del espresado lord, aconseja al rey Victor Manuel que acepte la soberania de la Toscana, con tal que esta soberania reciba el asentimiento ulterior de las grandes potencias.

La Asamblea modenese ha enviado una diputacion de su seno al emperador Napoleon, para poner en conocimiento de este sus últimas resoluciones.

El Constitucional de París publicó el 30 del mes último un artículo de gran trascendencia, en que, ocupándose de las comisiones italianas llegadas últimamente á dicha capital, dice que el emperador ha aconsejado á las poblaciones de los Ducados la reconciliacion con sus antiguos soberanos; pero haciendo al mismo tiempo la declaracion de que se halla completamente resuelto á no recurrir á la intervencion armada, ni á permitir que ninguna otra potencia la ejerza para imponerles dinastias que no acepten voluntariamente.

Dícese que el ejército francés que está en Italia, pasará en ella el próximo invierno.

De París y Viena se han enviado órdenes para que la Conferencia limite sus cuestiones y las active todo lo mas posible. Parece que el Austria empieza á mostrar menos oposicion á la reunion del congreso europeo.

des, cola alta pintarrajeada de diversos matices; las piernas gruesas provistas de largos espolones y piés guarnecidos por aceradas uñas; ha de ser audaz y que no tema acometer al mismo hombre; el color de la pluma creo que influya poco respecto de su valentía, aunque hay quien prefiere los que propenden por colores oscuros, atribuyendo á los blancos mas cobardía y pusilanimidad.

La facilidad con que se propaga el gallo en las diversas especies que conocemos, hace que se le encuentre en todos los países, y así no deberá estrañarnos que, descubierto el nuevo mundo, saliesen los indigenas de aquellas regiones á ofrecer á los europeos gallinas que cambiaban por dijes y objetos de escaso valor. Los Egipcios poseian el secreto de empollar huevos por un método artificial, sacando por consiguiente un número de pollos que parece fabuloso; pero perdido aquel, los modernos han empleado el uso de unos hornos contruidos al intento en los que la temperatura es uniforme, si bien no da tan felices resultados como el primero, á lo que sin duda contribuiria mucho el clima de Africa.

Los hombre han hecho del gallo un objeto de diversion en las bárbaras y encarnizadas peleas á que lo someten con otros de su especie: estas luchas son conocidas ya de muy antiguo, pues que ya las cita Plinio en sus obras, y hoy dia se hallan todavía en uso en muchos países, y aun en alguna provincia de nuestra España; pero donde fueron estos espectáculos acogidos con mas aceptacion y entusiasmo, fué en Inglaterra ya en tiempo de Enrique VIII, pues que se construyó en White-Hall un sitio á propósito para este objeto. Refiérese que en una de estas luchas introdujeron en el circo ó palenque dos valientes y hermosos gallos, y lo que notaron les espectadores fué, que apenas se divisaron uno y otro, se colocaron de frente en forma de combate como si entendiesen para qué los habian llevado allí: despues de haberse estado mirando por largo rato, dieron principio á su mortal contienda moviéndose el uno hácia el otro con pasos muy medidos, alzando y bajando la cabeza con tal compás, que no podian juzgar los circunstantes cual era el primero ó el postrero en alzarla ó bajarla, pues cuando se abalanzaban juntando cuerpo con cuerpo era el verlos caer á entrambos y levantarse con tanta ligereza sin perder un punto de su honrosa pretension; por último, habiendo durado el combate muy cerca de dos horas, el uno de ellos cayó muerto, y el otro viendo sin vida á su contrario, cobrando nuevo ánimo, en señal de vencedor, subióse encima y se puso á cantar su victoria con una voz muy desmayada, y antes de acabar el primer canto, perdió el vital aliento, cayendo muerto sobre su rival: á este canto funerario á la par que audaz, parece que hacen alusion estos dos versos de Policiano.

*Victor ovans cantu palmam testatur, et hosti
Insultans victo, pávidum pède calcat iniquo.*

Los antiguos colocaban un gallo entre los atributos de Marte y de Minerva, deidades mitológicas, el primero de la guerra, y la segunda, de las ciencias: los romanos le honraban, y aun hoy dia tiene su representacion en el dibujo alegórico, considerándolo como emblema ó simbolo de la vigilancia.

J. ALVAREZ.

multiplicadas al infinito; pues apenas habrá punto en el globo donde no sea conocido, encontrándose generalmente así en la populosa y opulenta ciudad, como en la pequeña y miserable aldea: ha servido de tipo para la formacion del orden de las gallináceas, en la clasificacion de las aves, y al que pertenecen igualmente los pavos real y comun, las palomas y otras que criamos en nuestras casas, ó que son susceptibles de domesticidad. Prescindiendo del pavon y del faisán, que le aventajan en hermosura, el gallo nada tiene que envidiar á sus congéneres, superando aun á aquel en la claridad y gallardía de su canto; con él indica al hombre, su inseparable compañero, la hora que es en la larga noche de invierno, haciendo veces de despertador para que se apreste al trabajo anunciándole la llegada del nuevo dia; con su canto fuerte y sonoro alegra al pobre enfermo que se halla postrado en el lecho del dolor, sirviendo tambien de grande consuelo al estrañado caminante que en la oscura noche pierde la vereda, indicando con él la proximidad de un techo hospitalario: el gallo canta con suma frecuencia, lo cual quieren decir algunos, lo hace en virtud de su poca reminiscencia, pues que en acabando de cantar no sabe si cantó; atribuyéndolo otros mas bien á celo por sus compañeras para que entiendan se halla siempre muy sobre sí, y por esto repite el canto tantas veces.

Es el gallo, despues del caballo y el perro, quizá el animal que mas simpatías tiene con el hombre, ya por su grata compañía, como por la utilidad que reporta á aquel; verdad que su organizacion tampoco es la mas á propósito para no necesitar del auxilio humano, pues su vuelo es sumamente pesado y parece que la naturaleza le criara únicamente para vivir en sociedad. Conócense diversas especies de gallos; pero todos ellos tienen las mismas propiedades, las mismas inclinaciones: en todas partes es el gallo el mas vigilante madrugador; tiene como regulada su vida; se levanta temprano, se recoge lo mismo, va acompañando á las gallinas durante el dia, galanteándolas á todas horas; las conduce cuando se retiran por la tarde, y las llama para que despierten, volviendo á compartir gustoso con ellas la comida y siempre cuidándolas con el mayor cariño y solicitud: es un verdadero sultán en nuestros corrales, y no sufre que nadie á sus ojos le toque alguna de sus encomendadas, defendiéndolas de otras aves con valor y esfuerzo si las quieren maltratar, esponiéndose por esto á todo peligro, y si como la naturaleza le dió ánimo y valentía, le diera fuerzas, sin duda que muchos dudaran de acometer á ninguna de sus queridas en su presencia; por lo demás, el gallo es de costumbres pacíficas, y aunque se muestra atrevido mas de una vez, no lo hace sino estimulado por los celos contra sus rivales en amor.

Segun opinion de varios autores, el gallo mejor será aquel que cuando pequeño sea muy vivo y cantador, con la voz recia y abultada, y que ande siempre riñendo con los de su edad, y atreviéndose á las gallinas mayores: ha de tener el cuerpo mediano, la cabeza gruesa, pico corto y agudo, la cresta como aserrada y de un encarnado muy vivo; las orejas blancas, las barbas largas y entremezcladas de blanco y encarnado; el cuello erguido y adornado de plumas doradas y largas; el pecho ancho y recio, las alas gran-

La situación de Nápoles en nada ha mejorado desde que escribimos nuestra crónica anterior. Las prisiones que en aquella capital han vuelto á hacerse son numerosas, según las noticias últimamente recibidas. Bajo bien tristes auspicios se ha abierto el reinado de Francisco II.

Creíase recientemente en París, en los círculos mejor informados, que no serían restaurados en sus tronos los duques de Toscana y Módena.

Según escriben de Turin, las elecciones se han verificado en la Romanía con el mayor orden.

Como son tantas y tan singulares las contradicciones de todo género, respecto de los trabajos de los plenipotenciarios de Zurich, y en general, respecto de todas las noticias que diariamente se reciben, dícese ahora que la obra de los espresados plenipotenciarios terminará en breve; y asimismo vuelve á agitarse la cuestión del congreso europeo, idea que se creía ya abandonada. El Austria, según se dice, tomará en él una parte muy directa, lejos de oponerse á él como lo ha hecho hasta el día. Por grande que sea la reserva con que se acojan las noticias que la telegrafía ó las correspondencias particulares nos transmiten, nunca será escésiva.

Una parte de la prensa francesa, entre ella el *Constitutional*, insiste en asegurar que la Francia no intervendrá directa ni indirectamente para la restauración de los duques de Toscana y Módena, en los tronos por ellos espontáneamente abandonados al primer amago de peligro, para pasarse al campo austriaco.

La desconfianza de la Inglaterra va en aumento, á lo que parece: el *Morning-Advertiser* propone entre otras cosas, como medio de defensa nacional, la alianza con Prusia, Holanda, la Bélgica y Suiza.

Por lo que respecta á los resultados de la amnistía concedida por el emperador, el 15 del mes último, dirémos que varios emigrados, entre ellos Victor Hugo, Luis Blanc y otros, la han rechazado en enérgicas cartas recientemente publicadas en la prensa europea. La de Victor Hugo, negándose á acogerse á la clemencia de Luis Napoleón, vió la luz pública en el *Times*. Se ha desmentido además la noticia de la llegada de Félix Pyat á París. Otros emigrados de menos significación política van llegando á su patria, desde sus destierros de Europa y la Cayena. Se duda si se acogerán á esa medida los generales Lamoriciere y Changarnier.

Habiéndose concentrado en Pessaro todas las tropas pontificias, la división francesa forma únicamente la guarnición de Roma.

Decíase estos días que una partida austriaca se había atrevido á violar el nuevo territorio sardo, y que había habido una escaramuza. No respondemos de la exactitud de este hecho, que, á ser positivo, sería gravísimo. Lo que sí parece cierto es que se habían enviado algunos cañones para proteger las orillas lombardas del Minicio.

El duque de Módena, el más odiado de los soberanos recientemente destronados, y el que más humilde instrumento se ha mostrado en todas ocasiones, del Austria, proponíase, á ser ciertas recientes noticias de Turin, entrar por la fuerza de las armas en sus Estados. Es de creer, sin embargo, que en las actuales circunstancias, en que una imprudencia por parte del Austria, de los

duques destronados, ó de los pueblos italianos, pudiera de un momento á otro producir un verdadero cataclismo, el duque Francisco V y su protector Francisco José se abstendrán de dar el aventurado paso que se anuncia.

Hablábase días pasados en París, no sabemos si con fundamento ó sin él, de la separación de la conferencia de Zurich, *en vista de la falta de conformidad y del NINGUN RESULTADO de sus sesiones*; pues según las mismas noticias, *no hay acuerdo NI EN LAS CUESTIONES MAS SECUNDARIAS*. Con este motivo, creíase más probable la tantas veces anunciada, como tantas otras desmentida noticia del congreso europeo, al cual el Austria, según ahora vuelve á decirse, se muestra poco favorable. En París, sin embargo, se agitaba vivamente esta cuestión, pues en virtud del ningún resultado de la tentativa diplomática de Zurich, se juzgaba indispensable la inmediata reunión del Congreso.

Vemos, pues, que el primer esfuerzo en sentido negociador, á que ha dado lugar el tratado de Villafranca, ha sido altamente desgraciado, y que los negocios presentan en estos momentos un aspecto bien poco lisonjero y favorable á la paz. Entretanto, el estado de ansiedad y de incertidumbre en que se halla la Italia central, es cada vez más insostenible y peligroso; por esta razón, así pueblos como gobiernos están colocados en una posición de que á todos interesa igualmente salir lo más pronto posible.

M. M. FLANANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 29 de agosto se ha nombrado á D. Alonso Martínez vocal de la junta redactora de un proyecto de ley general de aprovechamiento de aguas.

—La *Gaceta* del día 31 de agosto contiene el real decreto siguiente:

Artículo único. La exención de derechos de portazgos, pontazgos y barcajes, concedida á los transportes del trigo de todas clases, incluso el mezclado, del centeno y del maíz ó panizo, por real decreto de 17 de enero de 1854 y real orden del 1.º de abril del propio año, cesará desde el 15 de setiembre próximo, en los establecimientos en que se verifica la recaudación de los espresados derechos por cuenta del Estado, y en los arrendados cuando terminen los actuales arriendos.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 1.º de setiembre, se manda que desde el día 15 de setiembre próximo se exija para los granos, semillas y harinas, los derechos con que se hallan respectivamente gravados según la tarifa número 2, aprobada por real decreto de 15 de diciembre de 1856.

—Por real decreto, con fecha del 24 de agosto, han sido reformados los estatutos de la real Academia española.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 2 de setiembre, y á consecuencia de no haber producido efecto las dos subastas anteriormente celebradas para contratar la construcción de ocho cabriolés, con destino á la conducción del correo

entre Zaragoza y Barcelona, ha sido autorizado el señor ministro de la Gobernación para contratar, sin las formalidades de subasta pública, el espresado servicio y el del correo diario entre Avila y Béjar.

—El día 1.º de octubre se celebrará la solemne apertura del curso de 1859 á 1860 en la Universidad Central, empezando las lecciones el día 2.

—El día 24 de agosto hubo una inesperada agresión en Marruecos que exige un pronto castigo. Ya se ha reforzado la guarnición de Ceuta con tres compañías de Albuera y los batallones de cazadores de Madrid y de Barbastro. El consul general en Marruecos debe regresar á Tánger, con objeto de exigir las satisfacciones á que tenemos derecho por agravio inferido á nuestra bandera.

—De real orden se ha mandado que todos los mozos que, procedentes de los sorteos de los dos años anteriores sean llamados con arreglo al artículo 67 para cubrir plaza por el reemplazo de este, sean medidos con arreglo á la ley de 30 de enero de 1856.

—Se ha dispuesto la traslación á Alicante de todas las tiendas de campaña que existen almacenadas en esta corte.

—De real orden se ha autorizado á D. Cristóbal Heredia para que verifique, en el término de dos años, los estudios de un ferro-carril que, partiendo de la cuenca carbonífera de Espiel, Peñaroya y Belmez, termine en el punto que crea conveniente del de Mérida á Sevilla.

—De real orden se ha mandado que se saque á nueva pública licitación la conducción de la correspondencia, dos veces al mes, en buques de vapor, desde Cadiz á las islas Canarias, con estricta sujeción al pliego de condiciones redactado al efecto.

—La recaudación de contribuciones, rentas y demás ramos de las direcciones generales, durante el mes de julio próximo pasado, ha ascendido á 129.966.057 rs. 23 céntos.

—Se dice que las Cortes se reunirán el 10 de octubre.

—El ayuntamiento de Cádiz ha sido autorizado para que haga, por administración, todas las obras que considere necesarias en el cementerio de dicha capital.

—El cólera toca á su término en las provincias de Murcia y Alicante, sin que haya noticias de haberse extendido á otros puntos.

—Muy en breve va á procederse á practicar la nivelación general de Alicante.

—El cuerpo de ejército que se crea en el campo de san Roque, se compondrá de doce batallones de línea, seis de cazadores, cuatro baterías de artillería y tres escuadrones de caballería. Mandará estas tropas el general Echagüe.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA MUSICAL.

De propósito hemos dejado pasar muchos días sin dar noticias á los suscritores de LA LECTURA PARA TODOS del movimiento musical español, porque desde que publicamos nuestra última revista, haciéndonos cargo de los conciertos sacros, nada, á no ser algunas representaciones de ópe-

ras cómicas francesas, por la eminente artista Delfina Ugalde, ha venido á dar vida á la esfera musical española.

De las funciones verificadas en el coliseo de Jovellanos, os ha hecho las reseñas oportunas nuestro querido compañero Numa.

Nada tenemos que añadir á sus noticias, á sus apreciaciones; pero si os hablaremos de los últimos Concursos que se han celebrado en el conservatorio y de las esperanzas de una próxima temporada brillante y animada que nos prometen la actividad y el celo de las empresas encargadas de los teatros líricos de la corte de España.

Que la Escuela de música establecida en nuestra capital, como en las principales del extranjero, con el honroso título de Conservatorio, camina por una senda de progreso, no hay duda, si se consultan los resultados que hoy ofrece, y los que daba no hace muchos años. Pero esto no quiere decir que esté en el período de su apogeo. Todavía le falta mucho para llegar á él, mas llegará y no será muy tarde.

Los últimos Concursos que se han verificado en este establecimiento, nos han proporcionado la ocasión de admirar á una joven alumna que en la clase de composición orgánica, ha demostrado cuán importante, y al mismo tiempo glorioso, es el estudio del órgano, como medio de vencer todas las dificultades de la composición y caminar por un atajo, sin los peligros de estos caminos abreviados, á encontrar los efectos armoniosos, los recursos del verdadero arte músico, llegando, como por encanto, á la composición dramática, con resultados positivos.

La señorita doña Cesárea Zafra y Mora, que en el corto espacio de dos años, ha obtenido del jurado del Conservatorio, el título de profesora con la medalla de plata, es la joven alumna que hemos citado; y aunque renunciemos aquí á dar cuenta detallada de los ejercicios con que se conquistó la honrosa distinción de severos jueces y los aplausos del ilustrado público, no podemos menos de decir, que reúne cualidades privilegiadas y que con ellas, lo esperamos, conseguirá muy pronto presentar al público los frutos de su talento y su trabajo, alcanzando con ellos esos triunfos que hacen tan envidiable la vida del artista.

Además de esta señorita, nos ha dado el Conservatorio dos compositores muy notables, los Sres. Calahorra y Navarro. El primero, consagrado á la música religiosa, llegará á hacer obras muy apreciadas. El segundo, consagrado á la composición dramática, logrará también adquirirse una justa reputación.

Las clases de canto no han producido nada notable. Hemos oído sí, á algunas alumnas que prometen mucho, que revelan grandes disposiciones: no se ha concedido mas que el segundo premio, y á decir lo que sentimos, con poco acierto por parte del jurado. Las clases de instrumentos han sido mas fecundas; y en la de flauta, se ha concedido un primer premio; y en la de violín, hemos visto discípulos muy aventajados. Todo esto es poco, sin embargo, aunque es mucho, porque promete mas.

Con respecto al porvenir, ó lo que es lo mismo, al año lírico dramático, que empieza en estos días, solo diremos que en el teatro de la Zarzuela se ha desplegado una gran actividad; que se

ensayan á un tiempo cinco ó seis obras; que la compañía se ha mejorado; que la empresa se ha propuesto complacer al público pagando sus favores, y que por tanto, el año actual será uno de los mas brillantes, de los que mas atractivos tengan para el público, de los de mas ganancias para la empresa y los autores, de los que el arte alcance mayores triunfos. La representación de *Zampa* es una prueba de lo que decimos.

En el teatro Real, segun nuestras noticias, funcionará también una compañía escogida; se pondrán en escena óperas que no conocemos, con mengua de los antiguos empresarios; y las noches del coliseo de la plaza de Oriente, esas *soirées* elegantes y aristocráticas, tendrán animación y vida.

Si viene Mario, Corsi y la Grissi, como se espera; si á estos artistas de *primo cartel* se reúnen otros de genio y facultades, nuevos, entusiastas, que puedan llevar en peso todo el trabajo; y se cuida que los coros estén bien ensayados y salgan decorosamente vestidos; si las obras se ponen en escena con todo el aparato que exija su argumento; si á la empresa mercantil se une una dirección artística ilustrada y cuidadosa, á no dudarlo, cambiará enteramente el aspecto de nuestro mundo musical, y poco tendremos que envidiar á las demás cortes del extranjero.

Comienza la época de mas movimiento artístico-literario en Madrid; los editores musicales se apresuran á ofrecer novedades á los elegantes dilettanti que regresan de sus escursiones veraniegas; y sabemos que al lado de las últimas composiciones de los maestros franceses mas en boga, figuran preciosas tandas de walses de Zabalza, polkas de Molberg, y una preciosa romanza, un *Addio*, puesta en música por la señorita doña Cesárea Zafra, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar, al ocuparnos de los concursos del Conservatorio.

El otoño es en las grandes capitales la estación mas animada.

Las obras musicales y literarias son las flores mas preciosas que produce.

Estamos seguros de que el público sabrá apreciar las que le ofrezca este año; y no se engañará si las acepta, porque su perfume y su belleza serán esta vez mas delicados que nunca.

RÓMULO.

REVISTA DE TEATROS.

El infatigable director del teatro de la Zarzuela, inteligente como pocos, y como pocos activo, ha inaugurado antes que otro alguno la temporada teatral, abriendo á sus constantes favorecedores las puertas del elegante coliseo de Jovellanos, y dando á conocer á los amantes á la buena música la ópera francesa *Zampa*, que es sin disputa una de las mejores partituras del célebre maestro Herold, cuya reputación es europea. Esta obra, que ya era muy conocida en Francia y Alemania, y aun en Italia, es de un desempeño sumamente difícil, y ofrece no pocas dificultades, sobre todo en la parte de canto. El libreto ha sido arreglado á nuestra escena por los Sres. Serra y Pastorido, y muchas de sus escenas se distinguen por esa

galana y fácil versificación que brillan en todas las obras del primero de estos señores. Respecto al argumento, justifica el título de fantástico con que ha sido anunciada la zarzuela. *Zampa* es, en efecto, una especie de D. Juan Tenorio, que acaba como el otro hundiéndose en los abismos con la esposa de mármol. En cuanto á la música, aunque profanos, dirémos que á nuestro parecer es una de las mejores partituras que hasta hoy se han oído en el coliseo de Jovellanos: llena de suaves armonías y de riquísimos detalles, preciso es oirla mas de una vez para ir saboreando sus innumerables bellezas: el brindis del primer acto, el duo de tenor y tiple en el segundo, el final del mismo y la romanza de baritono del tercero fueron aplaudidos con gran entusiasmo por el público inteligente que llenaba las principales localidades.

En la ejecución se esmeraron las Sras. Santa Maria, la Zamacois y Obregon, distinguiéndose el Sr. Cubero, que dijo con admirable maestría los bellísimos versos de la escena séptima del tercer acto. El Sr. Oliveres no estuvo en carácter: los coros perfectamente. El servicio escénico y el decorado buenos, sobre todo la decoración final que es muy vistosa y de mucho efecto. Inútil es decir que la entrada fué un lleno completo. Damos la enhorabuena á la empresa de este teatro por su buen acierto en la obra que ha elegido para inaugurar la temporada cómica. Continúe el Sr. Salas como ha empezado, y no tema que le falte el favor del público.

Respecto á los actores que han de funcionar en los demás teatros, reina todavía gran confusión: á Lope de Vega dícese que irán Romea y Arjona con la Maria Rodriguez; al Circo, Valero, Pizarroso y la Teodora, y al Principe la Matilde, la Palma y Catalina. En Novedades, no sabemos que haya aun primeros actores conocidos; el gobierno ha concedido ya licencia para abrir este teatro, y la nueva empresa se propone hacer de dicho coliseo una semejanza del de la *Porte Saint-Martin* de Paris, poniendo en escena obras de espectáculo, para lo cual ha contratado al pintor señor Bravo, que es uno de los que gozan de justa reputación. Los espectáculos serán amenizados con una sección de canto, tratándose de formar también una numerosa y buena compañía de baile. Se inaugurará la temporada con *La India*, drama de espectáculo que hizo furor en Paris y para el que se están haciendo crecidos desembolsos. Cuenta la empresa además con las siguientes producciones: *La Flor divina*, drama fantástico y de magia; *Miguel el Esclavo*, *La Torre de Garán*, *La Inundación*, *La Esposa del prisionero*, *Jamás*, *Amor paternal*, *El Terror de los mares*, *Camila* y otras.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Marcel, par Mr. H. CORNE. 2 vol. in-12°; Hachette.

Esta obra no es novela, aunque termina en casamiento; pues parece demasiado extensa para calificarse de novela, y hasta parece difícil ciertamente referirla á uno de los géneros nombrados en la literatura francesa. Consiste en una



n elector y un ex-diputado.

— Anda, Juan, no le hagas aguardar mas; ya basta.
 — Déjale que aguarde; á cada puerco le llega su san Martin.
 — Que se va á enfadar.
 — No lo creas; le estoy dando una prueba de que he aprendido los usos de la corte. Quince dias anduve trás de él, cuando el ayuntamiento me mandó á Madrid de comisionado para eso de las aguas. Una sola vez le pude ver; me hizo aguardar dos horas,

y luego me despidió, diciéndome al marcharse á la oficina, que ya vería. Esta es la hora que no ha visto nada.
 — ¿Y qué querrá?
 — Toma! Como han disuelto las Cortes, quiere que le reelijamos, y viene por mi voto. Ya está fresco; échame otro vaso, y beberémos á su salud.

correspondencia entre dos jóvenes, noble y rico el uno, y el otro oscuro y pobre, el cual con bizzarria sostiene el combate de la vida. Triunfa la honradez en la persona de Marcelo, y para agregar mas animacion al asunto, y acaso tambien para expresar ocasionalmente opiniones personales, ha fechado del año 1848 una parte de la correspondencia seguida por ambos amigos, y precisamente se trata en ella de la politica de la época. Acaso se encontrará que el tanto que se concede á la politica es algo excesivo; mas en todo caso ofrece esta historia, destinada á la ju-

ventud, útiles enseñanzas, presentadas en una forma placentera.

Essai historique et critique sur l'invention de l'imprimerie, par Mr. Ch. PACILE. Un vol. in-8°; Techener.

El fin del autor es horrorar la incertidumbre que ha dado lugar á tantos altercados acerca del verdadero inventor de la imprenta y de la ciudad que asistió al nacimiento de sus primeros ensayos. Sabido es que el holandés Coster es opuesto

á Gutemberg, y que Hasanlem envidia la gloria de Mayence. Los títulos que se refieren á una y otra pretension están recogidos, examinados y discutidos por Mr. Pacile, que da pruebas en este trabajo de una erudicion notable y de una positiva sagacidad crítica. Sus conclusiones favorecen á Holanda y á Coster, y aunque no digamos que decidan la cuestion, en medio de todo, ha logrado Mr. Pacile esclarecerla con nueva luz á favor de documentos inéditos.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
 — editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *El Señor Paincuit*, por Assardon, pág. 591.—*El Noble y el mendigo*, por la Sra. D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez, pág. 597.—*Historia de la guerra de la independencia italiana*, pág. 600.—*Seccion religiosa*, pág. 602.—*Seccion científica*, pág. 604.—*Crónica estranjera*, pág. 605.—*Crónica española*, pág. 606.—*Revista de teatros*, pág. 607.—*Bibliografía estranjera*, pág. 607.

Advertencia importante. — La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; asi es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra. — Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 1850. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.